

PRÓLOGO

Manchonerías, qué título más original para contar la historia viva y reciente de nuestro pueblo. Dos palaciegos de pura cepa: Juan Manuel Begines Troncoso y Francisco José Cid Galván, con gran humildad y sapiencia, se armaron de paciencia, y echándole muchas horas de trabajo e investigación han conseguido estructurar, en formato de breves capítulos, una historia muy especial y heterodoxa de nuestro pueblo.

El libro hace un recorrido por la historia reciente de Los Palacios a través del estudio de las costumbres de sus gentes, de la geografía de sus campos, de sus personajes. Todo un trabajo de antropología cultural. El libro aparece en un momento fundamental en la larga y dilatada historia de nuestro pueblo. Ya que Los Palacios ha evolucionado más en los últimos veinte años que en sus más de seis siglos de existencia. Los pueblos no deben olvidar su pasado, y mal les va a aquellos que pierden su memoria histórica.

Con la lectura de este libro los viejos manchoneros verán reflejado en él sus viejas vivencias. Unas veces sonreirán, otras dejarán correr alguna lágrima por sus mejillas. A los jóvenes lectores, les servirá para admirar y conocer mejor el alma de aquellos que hicieron con humildad nuestra historia. Y se preguntarán todos: ¿Es posible que nuestro, pueblo de manchoneros y pelaos, haya cambiado tanto en los últimos años?.

El manchón ha sido a lo largo de nuestra historia la propiedad agrícola por antonomasia de los palaciegos o moñigueros. El peculiar reparto de las tierras de nuestro término o alfoz en manchones, significa un hecho diferencial con el resto de los municipios colindantes: Utrera, Dos Hermanas, Lebrija o Las Cabezas. Los Palacios siempre ha sido tierra de minifundios entre un mar de cortijos y haciendas. La posesión de un manchón ha marcado la peculiar forma de ser, la idiosincrasia, de sus vecinos. Palaciegos, que no han necesitado escudos o blasones, ya que su mayor orgullo, es y ha sido la pro-

riedad del mismo. De él proceden los frutos necesarios para su hogar. Es su vida y su libertad. ¡Cuánta diferencia entre el orgulloso manchonero y el humilde gañán o bracero!. Tanto es así que el moñiguero ha intentado por todos los medios dejar a sus hijos tanpreciado tesoro. En el pasado la enajenación de los mismos no se contemplaba ni en las peores coyunturas económicas: Y a ser posible agrandarlo, cumpliendo con el refrán "Casa la que vieres y campos los que pudieres". Hoy en día en que las circunstancias económicas han cambiado mucho, innumerables manchones han pasado a dividirse en parcelas de recreo. ¡Ojalá nunca nos tengamos que acordar de tamaño desatino!

Asimismo, los autores hacen un recorrido por la toponimia del término de nuestro pueblo. Monroy, Cismán, las Alcántaras, Letrado, Toro Padre, Las Monjas, las Cumbres del Horcajo... y un sinfín de términos; que tratan con pelos y señales: desde el color de la tierra hasta donde se dan nuestras mejores moyá o los insuperables tomates de suelo.

Pero hay una parte fundamental del libro que retrata la vida y costumbre de aquella vieja sociedad moñiguera. Muchas de las cuales, gracias a Dios, aún se mantienen. Los autores hacen un relato pormenorizado de las tertulias en los viejos tabancos de mosto y altramuces; de horas de siesta sobre el aparejo, bajo la higuera o el olivo negro; de noches de estío, de eras en los prados comunales, Plaillo, de gastronomía de pan, aceite, vinagre y aceitunas negrillas; de venta callejera y de oficios perdidos. No falta el recuerdo para aquellos hombres y mujeres de respeto, de vocabulario fuerte, pero de alma grande, siempre prestos a tender la mano a un vecino desfavorecido. ¿Qué familia palaciega se iba a comer a gusto las tortas de Pascua sabiendo que el de al lado estaba en horas bajas?

Del mismo modo los autores rescatan un sinfín de palabras, un léxico riquísimo, que las generaciones nuevas y venideras deben conocer: de acciones de labores agrícolas a nombres de viejos aperos.

No falta la mención, y no podía ser menos, a nuestra Parroquia de Santa María la Blanca, la de elegante torre de albero y almagra, cuya contemplación nos da vida. Ella es testigo mudo de las penas y glorias de todos los moñigueros.

Finalmente mi deseo es que se cumpla el objetivo que ha llevado a los autores de Manchonerías, a que las viejas generaciones no olviden y las nuevas y futuras conozcan la evolución social, económica y lingüística de su pueblo. Su obra, su trabajo, ha quedado muy bien encarado; como las antiguas cajas de lairén de mi pueblo. A ellos nuestra felicitación y agradecimiento por el elaborado y exquisito trabajo de síntesis que han llevado a cabo.

Francisco Begines Begines

ANTES DE EMPEZAR

Llegado este momento queríamos explicar el porqué de estas letras.

Ha sido el fruto de haber escuchado a gente que sabe más que uno, de conversaciones muy entrañables con personas de las que vale la pena aprender y a las que hemos tenido la suerte de conocer.

Hemos asentado lo que nos han mentado, a sabiendas de lo cortitas que son las palabras para contar algo tan importante como las vivencias de las personas. Por eso, sabemos que hay mucho más. Mucho más. Dios dará.

Y le hemos llamado Manchonerías porque respetando a todos los demás oficios y profesiones, el manchonero es seña y santo de gran parte de la gente de este pueblo. Si indagamos y buscáramos en el árbol genealógico de cada uno de nosotros, llegaríamos a la conclusión de que casi todos, por no decir todos, tenemos raíces manchoneras.

Sabemos que no somos escritores contrastados ni poseemos especiales facultades en el arte de las letras. Fuimos instruidos en escuelas locales: uno es niño del Convento y el otro del María Auxiliadora; y después, ya de pollitos, estudiamos el Bup en el instituto del Plaillo. Por ello, se ruega al lector y a los puristas y gente preparada que lo tengan en cuenta.

Nos ilusiona pensar que este trabajo se pudiera comentar en los colegios del pueblo, no desde el punto de vista literario, ya que no tiene este valor, sino para que nuestros chiquillos puedan conocer las personas, hechos y comportamientos sociales que en él se describen. El saber es lo que hace grande a la gente y a los pueblos, y no necesariamente de matemáticas y física, que también, sino del conocimiento de cómo es uno y su entorno: las personas, el aire, la tierra, el olor, el color, el sabor.

También nos ilusiona el sólo pensar que las familias recuerden sus cosas en las mesas de camilla de sus casas. Buena ocasión para arrear al televisor.

No existe un apartado que aclare las expresiones manchoneras, porque la intención es estimular una de las mejores cualidades que tienen los jóvenes: la curiosidad. Y que también despierten su sentido por las cosas buenas de su pueblo. Por eso, chaval, si no entiendes alguna palabra o expresión, te recomendamos que vayas en busca de una persona mayor para que te instruya adecuada y convenientemente.

Y aunque no está bien escribir con lápiz o boli en los libros, en este sí se puede escribir. Te autorizamos expresamente para que se pueda anotar al lado el significado de los términos que no se conozcan.

Asimismo, tampoco diferenciamos con cursivas o comillas las expresiones y palabras manchoneras. Otro ejercicio divulgativo sería que el lector las diferencie de las aceptadas oficialmente por la Real Academia de la Lengua Española. Una buena ocasión para practicar con el diccionario.

Y aunque sabemos que no es del todo correcto, hemos suprimido todos los signos de exclamación o admiración, porque marearía ver tantos palitos y puntitos juntos.

Asimismo, para facilitar su lectura a aquellos a los que los años les nubla la vista y a los que tienen pocas ganitas de leer, hemos puesto una letra bien grande que se meta por los ojos.

Memoria.

QUÉ TE GUSTA HABLAR.

Es verdad. En mi pueblo habemos muchos que nos gusta hablar. Sobre todo en la calle, en la plaza, en la peña, en el casino, en la puerta del estanco de José, en la carretera de Utrera, en los Cuatro Vientos, en el tabanco. Donde sea.

Muchos también habemos que no entendemos cómo en la calle Tetuán y Sierpes va la gente andando ligera, con prisa, como autómatas en serie, que no se paran ni a hablar.

Paseo, que no hace falta que sea largo; no es bueno que la compañía de la casa de uno esté mucho tiempo sola. Como aquel señor que le decía a otro en la plaza: hay que ver con la mujer tan guapa que tienes y no vas a verla hasta el almuerzo. Yo, a mi tiznaílla, la niña del carbón, le doy una vuelta cada cuarto de hora.

Además, la charla debe tener sustancia, encanto. Porque uno no se debe parar con cualquiera. Eso no. A uno le tiene que gus-

tar la gente con la que se para. Si no, no vale.

Se para uno. Y habla del campo, del fútbol, de lo que sea. El tema es lo de menos. No hace falta hacerse el místico y estar siempre arreglando la vida de la gente. Eso está hasta feo. Uno habla de sus cosas y de las tonterías de la pelota y del tiempo. No está bien hablar mal de nadie. A la gente hay que dejarla tranquila. Tranquila y en paz, como Dios manda. Porque hay gente muy preocupada por lo que no son sus problemas. Por eso, una buena idea sería que arreglaran los suyos, si pueden, y después, si tienen tiempo y ganas, se dedicasen a otra cosa.

A lo que íbamos. Puede ocurrir que uno tenga prisa, con mandaos por hacer, y no te puedas parar con la gente. En este caso, podemos saludar a nuestro vecino con una de las mayores creaciones del manchonerío: Adiós, vaya usted con Dios.

Qué frase más bonita, qué saludo con más entrañas. Qué cosa más bien dicha: vaya usted con Dios. Anda que el que lo in-

ventó no tuvo arte. Como se pierda esta frase es para meternos a todos en la cárcel. No deberíamos consentirlo. Tendríamos que crear una oenegé en defensa del Vaya usted con Dios.

Qué bueno está pararse en la calle. Y dar los buenos días, porque cada día cuesta más trabajito decirlo o que te contesten.

Buenos días, como los que se dan por la mañana temprano. El día está amaneciendo, entre dos luces, tempranito, y a lo lejos ves a alguien. Te da un poquito de miedo, y te preguntas: ¿quién será? Y cuando te cruzas, va y te dice: Buenos días. Qué tranquilidad te entra, qué seguridad. Y tú piensas: es gente de bien, no hay miedo. Se caen las barreras y el hielo se descongela.

Todo por decir: Buenos días. Qué placer más barato.

Qué coraje de tanta gente en los coches. Como mucho le dices: ei...., o iu, y el otro, sentado al volante, te responde con la mano, y eso si la otra no la tiene ocupada con el móvil. Igual que cuando pasaban por las

calles las bestias con las jangarillas y las yuntas con las carretas siguiendo al carretero.

No está bueno ni ná cuando escuchas que alguien de bien te saluda por la calle y te dice: Dios guarde. Ole. Qué barbaridad. Dios guarde. Ya te puedes acostar tranquilo. Dios guarde.

O cuando pasas por delante de la casa de alguien cercano y tiene el aldabón de la puerta al derecho, no al revés que es cuando en la casa no hay nadie. Llamas y preguntan desde el fondo: ¿Quién es?. Y tú le contestas: Gente de paz. Ole el arte. Gente de paz. Qué placer escuchar cosas bien dichas.

Por eso, habrá que ser muy malo si llega el día en el que nuestros hijos no escuchan estas versaciones. Habremos perdido mucho.

MANCHONERO

Qué bien repartió Dios los campos en mi pueblo. Aquí casi todo el mundo tiene su cachito de tierra.

Gracias a Dios, aquí no hay señoritos ni terratenientes, hay manchoneros.

Dios bendijo a mi pueblo regalándonos al manchonero. No existe en ningún otro pueblo, nada más que aquí. En otros sitios hay agricultores, campesinos o labriegos, pero no manchoneros.

Manchonero viene de manchón. ¿Y qué es un manchón? Pues un pedacito de tierra, donde toda la vida de Dios el hombre del campo sembró sus habitas, sus tomates, sus calabacines, sus melones y otras virtudes que la tierra da, sin olvidar, por supuesto, sus majuelos y arbolitos. Ahora, ya en estos tiempos, los invernaderos y la flor se han infiltrado, para bien o para mal, en el manchón.

Para empezar, el manchonero siempre ha trabajado a mano, por eso el polvillo de

la tierra se le pega en las espinillas y la nariz se le pone como a un cisquero.

Además, el manchonero tiene que oler a sudor. Pero aclaremos. Un sudor que no huele peste sino que huele a tierra. Es verdad, no es broma. El manchonero es un hombre limpio, que se lava como Dios le ha dado a entender. Se lava y suda, porque trabaja. Y mucho. Entonces, ese sudor y esa tierra de arena dan una mezcla que se llama sudor de arena. Eso es cierto y se puede comprobar cuando se quiera.

Otra característica propia es lo bien que encara un manchonero los tomates o cualquier hortaliza. Dicen por ahí que los manchoneros de Los Palacios encaran bien hasta el alpiste.

En ocasiones, para poder entender un concepto es necesario conocer su antítesis. El manchonero no es un pelao.

El pelao es un labriego que coge pereñañas en las botas, a los que el algodón se

encasquilla, el bicho se come las carterillas, el maíz sestea, el hongo va en aumento y la araña roja hace estragos. Ya no existen, porque la marisma los transformó en los actuales parcelistas, que es algo más moderno. Y sobre ellos ya escribirá alguien dentro de cincuenta años.

O sea, un manchonero no es un pelao.

Si algún alúa que venga de turismo por el pueblo se topa con estas páginas y quiere conocer a algún manchonero auténtico, se le recomienda que vaya a la Cooperativa. Allí los hay y además de los buenos. Y si quiere conversar con ellos, en el bar que hay allí y en tabancos del pueblo auténticos, de los que no entran las mujeres, los puede encontrar.

Otra característica propia del manchonero es cómo enfoca el resultado de la cosecha:

Una, la cosecha no sale bien: o porque el tomate tiene porrilla o le ha entrado la manchuela al melón, o las sandías se caen, o el mildew ataca a las viñas, o la tierra se

ha vuelto salmoral y no cría ya zapillo ni salaillas.

La segunda, si la cosecha sale bien: el producto no vale nada. Bien porque no ha dado kilos o que si la gente le ataca al helado más que a la sandía, o que en Galicia ya no se comen ni las tempranillas, que antes gustaban tanto allí, o que por ahí no han caído granizos este año y los mercados están hasta las manillas.

Pero sea cual sea el resultado, el manchonero sigue palante, sembrando lo mismo y esperando que la cosa cambie. Por fuera, disgustado con la cosecha, porque tiene muchos gastos y pocos ingresos, y por dentro, contento consigo mismo. Porque, a pesar de todo, qué bueno está el mato y qué buen cuajo traen las viñas.

A veces dice que está cansado, que va a vender el manchón, pero no es verdad. Si acaso, lo venderá el hijo cuando él se vaya para allá. Pero él no. Eso nunca. ¿Por qué? Porque es muy feliz por dentro yendo a su campo. Eso esperamos, porque si llega ese día que el manchonero se harte del man-

chón, que esperamos que nunca llegue, entonces estamos aviaos. Ese día habrá que declararlo día de luto local, porque entonces este pueblo no será nada. Será uno más.

Para resumir, y como elogio y señal de respeto por esta figura, el manchonero es la esencia de nuestro pueblo. Es el germen, la materia activa, el ADN de nuestra alma moñiguera.

SENTADOS A LA PUERTA

Qué alegría cuando llega el buen tiempo. Se acabó eso de estar todo el día metido en la casa. Todo el mundo fuera, a sentarse a la calle. Tu sillita y a la puerta. Qué alegría, qué color, qué feria.

Y se acabó el colegio. Qué jartura de escuela, de levantar a los niños temprano. Qué jartura de deberes y más deberes. Pues se acabó. Qué alegría del verano.

Anda que no tienen ganas los vecinos de la calle del Hospital y de otras calles del pueblo que llegue la calor para sentarse en la puerta. Ya está bien de tiempo malo. Así que a comer pipas a la calle y a beber agüita fresca.

Qué le gusta a uno escuchar los debates que se forman en esas puertas sobre si la noche va a refrescar o no. Los optimistas, que te quieren hacer ver que está soplando marea del charco y los realistas, que dicen que no, que no se mueve ni la palmera del Castillo.

Dice un periodista famoso que en el sur la calle es la prolongación del salón de la casa. Y es verdad. Sobre todo para la gente antigua. Porque en los nuevos ya se está perdiendo la costumbre. A la gente nueva, que es más independiente, más suya, no le atrae demasiado la puerta. Le gusta más ver las películas dentro, con el aire acondicionado puesto. Pero lo que es la gente antigua, qué bien se lo pasa en la puerta. Qué disfruta.

Sentados a la puerta, pero por la noche, porque a la hora mala todo el mundo a su casa, que en la calle no pueden estar ni los perros. La hora mala de calor, que empieza al mediodía y acaba al atardecer.

Recuerdo, cuando chico, que las madres nos decían: a la hora de la siesta no se sale a la calle, que están los mal lázaros, que te meten en un saco y te llevan. Qué miedo. Los mal lázaros. Cualquiera pisaba el escalón de la calle. Así que todo el mundo al suelo, a dormir la siesta. Al suelo con él.

Y con la fresquita, salía la buena señora a la puerta de su casa con su cubo lleno de

agua. Y con un movimiento de la mano lleno de arte, ritmo y poderío, sacaba el agua con precisión y regaba su puerta, sin mojar-se los pies. Qué olor desprendía cuando el agua se mezclaba con el suelo que estaba a muchos grados de temperatura. Suelo de tierra. Que bien olía a verano.

Aunque antes ya le había dado un buen barrido a su puerta y a la calle. Conciencia ciudadana se le llama a eso hoy en día. Qué buenos dineros se ahorra el ayuntamiento en limpieza con estas buenas mujeres. Deberían darles un premio.

También era curioso ver a la gente escuchando cante flamenco por la radio, sentados en la puerta. Nada de noticias y tonterías como ahora. Flamenco. Vallejo y Caracol. Y también los seriales radiofónicos de Pedro Pablo Ayuso, Matilde Conesa, Matilde Vilariño y Juana Ginzo, entre otros.

Y el búcaro fresquito al lado para darle un tiento de vez en cuando.

En esas noches calurosas, de esas que dan fatiguita, qué le gusta a mi amigo José

El Mantenío, buen manchonero, sentarse en los bancos de la puerta trasera de la Iglesia Mayor, con su primo Vicente, también buen manchonero y buen pelao, y sus amigos vecinos: Pepe la Cala, Manuel Peseta, Antonio Caballero, sus mujeres Josefa, Antonia, Esperanza, Mari Carmen, Rosario Ferrer y otros muchos..., como mi amiga Carmela, que Dios tenga en su gloria.

Y después de cenar, comerse un cartucho de pipas, desabrocharse la camisa y hasta desaflojarse un poco la correa para estar más cómodo. Qué le gusta.

Nos cuentan que hace ya años, pero no tantos, cuando el calor apretaba y la noche no refrescaba, los hombres cogían una manta y se acostaban en la acera, sí señor, en la acera de su puerta, sin temor alguno, seguro de que nadie le iba a hacer daño.

En los tiempos actuales, y sólo en algunas zonas del pueblo, se sigue sentando la gente en las puertas de sus casas. Agustito, sin prisas por acostarse. Los niños están de vacaciones, y con el fresquito de la marisma

y la buena compañía, pueden dar las tantas de la noche.

Esto sí que es calidad de vida, no las tonterías que hablan los entendíos.

ANCÁ CURRÓN

Están de moda las llamadas tabernas rústicas, donde según dicen se come mucho y barato. Pero el antecedente histórico, su origen, son los tabancos, donde los hombres iban a tomar sus vinos.

Muchos tabancos han existido en el pueblo. A saber: el tabanco de Juan Begines, conocido como el de Avanza, Palenque, Diéguez, Tabique, Pué, Juan Mayo, el de Respingón y otros muchos, donde los hombres iban a tomarse la cigüeña, con el pico o el aguaó.

Pero uno que ha subsistido con solera es el de Currón, sin olvidar, desde luego a Curro la Casilla.

Ancá Currón es, desde luego, un sitio donde un buen moñiguero debería ir por lo menos una vez en la vida, porque si no, se va a ir para el otro mundo sin una perfecta formación y conocimiento de la vida de aquí abajo.

Allí están presentes tres generaciones de Currón: José el abuelo, José el hijo y Jo-

sé Antonio el nieto. José el abuelo ya está retirado, ya no espacha. Se sienta en una mesita con sus amigos y ya está. El nieto José Antonio es el que está más en la barra y José el hijo es el que hace más o menos de relaciones públicas manchoneras.

Y después están sus amigos clientes, porque primero son amigos y después clientes. ¿Saben ustedes que la cuenta se la pide el dueño al cliente? Currón pregunta cuántos vinos o cervezas se ha bebido Rafael Ayala, por poner un ejemplo, Rafael le contesta y Currón le ajusta la cuenta. Así es. Doy fe.

Allí la gente comenta los acontecimientos del día, y cada uno da su versión sobre el hecho. Ese es el verdadero noticiario, no el de la tele local. Noticias del pueblo con el sello y la gracia propia de acá Currón, con su toque y su arte, donde a la noticia más gorda del mundo se le da poca importancia y lo que es insignificante para unos, allí se le da un gran valor.

Y por supuesto, el buen humor, que lo inicia siempre José hijo, y después se contagia al resto del grupo. A saber, Joselito el

de la limpieza, Ismael Perea, Antonio Troncoso, Alonso y Juan Amuedo, Manuel Chico Ángel, José Jiménez, José y Antonio Ortiz, Pepe Torreño, Manolo Salas y muchos más.

Allí hay vino tinto, vino blanco del pueblo y cerveza. Y de tapa: chochitos, aceitunas, avellanas sin pelar y, por supuesto, el mejor aliño de papas del mundo, siempre muy frío, incluso en diciembre. Y para comértelas hay palillos de dientes. Y que no se te pase por la cabeza la horterada de pedirle un tenedor a Currón, ni se te ocurra.

Otra cosa que llama la atención es el servicio, qué forma de servir al cliente, que ni los de la guía Michelin. Qué barbaridad. Cuando se te acaba el líquido elemento, con que suenes un poquito el vaso sobre la barra o mesa donde estés acodado, llega Currón, raudo y veloz, para reponer lo consumido. Sin necesidad de petición o indicación alguna.

Y como las tapas son poquitas, el personal se las lleva de su casa: una latita de sardinas, o de caballitas, o un papelón de

choricito, tocinito o morcilla como la que hacía Encarnación Begines y que hoy las hace su hijo Manolo, o el Puskas o Esperanza la de la Plaza. Y si no, en el patio hay un perol para que la gente haga el guiso que quiera.

Tres generaciones de Currón: gente buena y leal.

Otra curiosidad es que allí no entran mujeres, no por imposición, sino porque no entran mujeres. Por lo visto, se dice, se comenta, que una vez una forastera entró, hace ya tiempo.

Pero lo que más llama la atención es lo fuerte que se habla acá Currón. Es increíble, es el colmo. Todo sucede así: José hijo pone el tono de voz bien alto y a partir de ahí, para arriba, lo que se quiera. Más flojito no. Eso es lo que hay. Eso es Currón.

Para terminar, me dicen que José Antonio, el nieto, va a superar al padre y al abuelo. Pues lo tiene difícil el chaval.

DE CISMÁN A LAS CUMBRES DEL HORCAJO.

Predios, parajes o pagos, llamémosles como queramos. Terrenos donde los celamines se unen a las fanegas y donde los pies de olivos, perales y cepas determinan las hazas, estacadas, campos o majuelos de aquellos que saben vivir de la tierra en nuestro pueblo.

Qué buenos productos dan estos parajes. Como los tomates y las sandías de las Cumbres del Horcajo o de las fanegas más grandes del término: las de Cismán.

Productos de tierras virtuosas que dan prestigio a nuestra agricultura con sólo decir que el producto proviene de allí. Donde los tomates se crían tan grandes como ruedas de carretas.

Y con otra gracia: no hacen falta regarlos. Con solo chasquear y regabinar, el tomate se convierte en un bombón colorao. Nada de riego, sólo refrescar la tierra con el chasqueo y la regabina.

Y las sandías. Que hacen raya en sabor y dulzor. O si no, prueba y verás qué pasa

cuando partes una cala: te chorrea el caldo por el antebrazo y la boca se te hace toda agua.

Las tierras de Cismán, lo de Manuel el de Adrián, la estacá de Calabozo, lo del Ronco, lo de Joaquín Ramos, y otro sinfín de hazas, fanegas y estacadas conocidas por la gente del campo. Tierras que son un regalo divino para gente divina, que las han sabido tener en alta estima y que muchos de ellos mantienen aún los terrenos heredados de sus antepasados. Anda que no es difícil ni ná poder comprar ahora una fanega en Cismán.

Cismán. Qué buenos tomates coloraos para las fritás, sin ácido, dulces, jugosos, macizos, con sabor a campo del bueno.

Tierra arena, barro, de colores variados, con buena textura, como diría el mejor gourmet en gastronomía, roales de arena voladora, de salmorá, con el tajo hon-do, donde no se encuentra el barro y se mezcla la arena de la superficie con la que antiguamente se le llamaba tierra cuchara.

Tierra cuchara. Arena muy fina y de color blanquecino que se utilizaba para limpiar las cucharas y lo que hasta hace poco llamábamos la copa o brasero, hoy en desuso por la aparición de la estufa o calefactor.

Predios de tierra fuerte, que aunque parezca mentira son más ligeras, con los barros más someros. Tierras que cuando sopla el solano, pica y quema.

Tierras de salmoral, donde la acumulación de agua en el terreno sin drenar hace que el salitre se venga arriba y no se críe nada, tierras no aptas para el cultivo.

Las menos son de color oscuro y que llamamos tierras gordas, menos loges, donde la azada corre menos cuando la tierra está mojada y se pega a la herramienta, tierras más calientes donde la simiente apuya más pronto que en ningún sitio y el mato se va antes arriba.

Zonas éstas utilizadas para la manchoería, donde el hábito de sembrar tomates de suelo en casilleros con pasto y caña sos-

teniendo la techumbre se ha sustituido por las mesas de flores en invernaderos y túneles de plástico.

Invernaderos... ataúdes blancas de perchinlán, que, como bien dicen aquellos del gremio, se sustituye el olor del exterior por pesticidas y azufre y donde el plástico del invernadero nos hace difícil ver el color del cielo.

Siempre viendo alambre y plástico blanco por encima de tu cabeza, olvidando lo immaculado del cielo celeste que luce esta tierra en verano y el gris borrascoso que nos anuncia agua en invierno.

Es aquí cuando la nostalgia de algunos nos inquieta a otros: cuando escuchamos lo que teníamos y lo que ahora tenemos.

MAMAOSTIA

No se puede escribir cosas del pueblo y pasarse por alto esta palabra. Pero como suena a insulto y blasfemia, le da a uno como miedo hablar de ella.

Mas ha ocurrido un hallazgo asombroso. Estudios llevados a cabo por eruditos y entendíos locales llevan a la conclusión definitiva de que mamaostia no tiene nada que ver con la hostia consagrada de la Eucaristía sino con la ostia de un guantazo, por eso se pone sin hache. Si la buscas en el diccionario no aparece ostia sin hache. ¿Por qué? Porque ostia sin hache es exclusiva de nuestro pueblo y significa: una mascá, una torta, un guantazo.

De ahí vienen las expresiones moñigueras: Te via dar un tajo ostia, o te voy a dar un saco ostia, o qué ostia se pegó con el coche. Está claro. Todas sin hache.

Autóctona de aquí, aunque gente del pueblo que se han ido a vivir a Sevilla, a Madrid y a otros lugares importantes se lle-

varon la palabra y en estos sitios se ha convertido en ostias, igual que aquí, pero en plan finolis, terminada en ese. Por eso en las series de televisión se escucha mucho eso de ostias con ese al final. Aunque en algún que otro diccionario a la mascá le ponen ostia con hache, pero la nuestra, la verídica, es sin h.

Así que podemos descansar, tener la conciencia tranquila y hablar de esta palabra sabiendo que no estamos haciendo nada malo.

¿Qué es un mamaostia? Difícil está la cosa. Para empezar, es autóctona, originaria, nativa y exclusiva de aquí. No se dice ni en Lebrija, ni en Utrera y, por supuesto, ni en Dos Hermanas. Está comprobado. Solo se dice aquí y si no, prueba y pregúntale a una alúa: ¿Tú eres mamaostia o qué? Y te responde, asombrado, ¿cómo? ¿qué has dicho?

Yo escuché un día a uno que decía:
Quillo, dime mejor cornúo, pero no me di-

gas mamaostia, por favor. ¿Qué tendrá esta palabra que a nadie le gusta que se la digan?

Es que si lo pensamos un poquito, tiene guasa que alguien te diga que eres un mamaostia. Tiene mandanga.

Pero vayamos al grano. ¿Qué es un mamaostia? ¿ Un malage? ¿ Un vaina? ¿ Un estúpido? ¿ Un gilipollas?. ¿ Un tonto creído?.

Pues... no. No concuerda exactamente con ninguna de esas expresiones. Además, un mamaostia no es un tonto. No señor, es más bien un vivo. Entonces, es una mezcla de todo eso. Pero falta algo. Por ello, declaramos formalmente nuestra incapacidad para definir con absoluta claridad qué es un mamaostia, porque a este potaje le falta algo para completarlo.

Además, podemos decir que en todos los contextos: tajos, foros de debate, tabancos, estancos, tertulias y bancos de sentarse, se suele sacar a la luz la palabrita. Siempre hay uno que dice, refiriéndose a un fulano: Valiente mamaostia. Ese tío es un mamaostia. Vaya tela el coche que se ha comprado el mamaostia. ¿Dónde escarba el mamaostia ese?

Conclusión: a lo mejor no podemos definir con claridad qué es un mamaostia pero, con toda seguridad, sí podemos saber cuándo un tío es mamaostia y es por las mamaostiás que dice y por las mamaostiás que hace.

Por ejemplo: te para en la calle un tal y se pone a hablar cagales y tonterías y se lleva un buen rato diciendo chuminás. Tú ahí aguantando el tirón y cuando se jarta el tío y se va, qué bien se te queda el cuerpo, qué agustito se queda, qué descanso, cuando dices para ti: Qué tío más mamaostia.

Otra pista: un moñi que lleva toda la vida en el pueblo y coge y se va a trabajar o a estudiar a Sevilla o a otra capital mundial, y al poco tiempo, cuando vuelve, se pone a hablar con muchas eses. Ese tío es un mamaostia.

En resumen, ni blasfemia ni palabrota: simplemente una versación moñiguera inocente, sin mala intención y que tampoco hace falta estar diciéndola todo el día, si no, no tiene gracia.

EL TÍO DEL TIEMPO.

Seguramente este título nos es familiar a todos. Ni qué decir tiene que todos nos regimos por este tío, el del tiempo, el del parte, el que da agua o sol. No hay nadie que chiste, hasta los niños saben que tienen que callar mientras este hombre hable del tiempo. Que si mañana bajan las temperaturas, que si suben, que si llueve, que si el viento...

Siempre se ha dicho que el hombre del campo es el más religioso de todos. Porque depende del cielo.

El tiempo hace que el algodón se desmaye, el mildew ataque, que caiga una helada, esté todo volado de manchas, estén las flores con botritis, o las uvas se vayan, la gallinaza te coma, o se vayan a cocer las francesas.

El tiempo. Qué de cosas se podrían decir sobre ello, qué cantidad de dichos y refranes y del que todos nos guiamos de alguna manera.

Que llueve: la tierra se pone pesada.
Que no llueve: la tierra se pone dura. Si llueve: las habichuelas se ponen amarillas.
Que no llueve: el jugo se pierde y hay que meter la semilla jonda. O al revés: que si la semilla se entierra demasiado, no sale fuera y no apuya.

A ver en qué quedamos.

Por eso, el manchonero mira al cielo cada día antes de salir al campo y saca sus propias conclusiones. Y lo más curioso es que acierta, porque como dice él: Es que el cielo te lo canta y la veleta lo confirma, y si no, los pollos que antes había en los corrales. Si canta a tal hora, solano, y si canta a otra, agua segura. Y para colmo, cuando tocan las campanas de la iglesia, dependiendo de su sonido, lloverá o no. Qué lujo conocer a un tío del tiempo de verdad.

Qué gracia tan singular cuando estás trabajando en el campo y alguien mira al cielo y te dice: hay marañas, la palma está puesta, o lo que es lo mismo, están puestos los paños. Todo eso es agua para mañana.

Y para colmo dice: no falla, ahora es fijo que llueve, te canta el cielo y eso es fijo. Las hormigas, los pájaros, señalan de alguna manera cómo viene el tiempo. Lo que sí es claro y evidente es lo que decían los manchoneros y pelaos: las bestias barruntan el tiempo.

Antiguamente, los pelaos ponían de manifiesto sus triquiñuelas para el conocimiento del tiempo. Gracioso era escuchar de ellos cuando al atardecer, finalizando la tarea dura del campo, observaban que el cielo estaba rojo encadilao y decían: candilazo al poner, agua al amanecer.

Si el boyero araba con su yunta y observaba el arco, es decir, el arcoiris en el lado donde se ponía el sol, el poniente, exclamaban: arco al poniente, suelta los bueyes y vente o el agua te va a llegar a la pelaura.

De forma idéntica ocurría cuando llovía del este, es decir, de solano. El dicho utilizado para esta situación era: cuando de solano llueve hasta las piedras se mueven. Si el cielo se encapotaba de negro sobre un lado concreto se decía: cómo se le está poniendo el ojo a la burra.

Y encima podía ir acompañado del viento del sur, o lo que es lo mismo, viento del charco, cómplice éste de temporal en el estrecho. Si soplaban el viento con fuerza y violencia y el agua le acompañaba, se decía: qué jumarea hay formá, qué agua-viento se ha formao.

Porque desde luego, al tiempo no se le puede coger la punta. Como contaba uno de nuestros vecinos al que apodaban Ayuya: Estaba un día del mes de abril trabajando con la yunta de mulos a jornal y descargó una tormenta en el lugar. Lo curioso fue que cuando terminó de llover observó que uno de los mulos estaba mojado y el otro más seco que el ojo de un tuerto.

Además, no llueve de la misma forma y con la misma intensidad en todos los meses del año. Por ejemplo, ¿sabéis que en el mes de abril llueve en el Toro Padre y no se moja la vereda que lleva su nombre?

Dicen los sabios del lugar que el agua de marzo es la que quita y la que da al campo, al igual que el agua de abril cabe toda en un barril, pero que si el barril se escula te llega el agua a la pelaura.

Memoria.

LA SIESTA

La siesta, siempre recomendable. En verano, con la caló ya no es un lujo de ricos, sino un artículo de primera necesidad, como el agua o el pan. Y además, la siesta nos hace olvidar el calor. Nos saca de este mundo cuando ya no hay quien aguante y nos devuelve a él cuando deja de apretar el ambiente. Por eso decimos: qué bueno está una siesta, máxime si le damos un botonazo al mando y ponemos fresquita la habitación.

Si hay algo que ha cambiado para mejor es la siesta. No es que haya cambiado la hora de dormirla, que sigue siendo la misma, sino la forma de hacerla.

Antes el hombre iba al manchón con su bestia. Y echaba el día entero en el campo, porque no iba a ir y volver a su casa para almorzar, se iba a llevar el pobre todo el día encima del mulo.

Antes, el hombre iba con su bestia y llevaba la quincana, y era el sol el que mar-

caba la hora de comer y el sesteo. El sesteo, bonito y agradable nombre para aquellos que amamos el arte de doblar la oreja.

El manchonero, cuando terminaba el zopeao o el gazpacho, que se lo comía con una buena cuchara de pita, buscaba la sombra de un amasco o una buena higuera, tumbado sobre el aparejo de la bestia y roncaba plácidamente escuchando como sonido de fondo a la chicharra, a la mosca de olivo, al cuco y a la gabirrubia.

Pero en realidad no era tan romántico ni tan bonito; eso ocurre en las películas. La verdad es que las hormigas se te subían por todas partes, algunas te picaban donde tú no querías y los orejeros te machacaban las orejas .

Ahora el hombre le gusta ir a su casa a dormir la siesta. Tiene vehículo a motor y puede volver al manchón con la fresquita. Los ronquidos son más grandes y la siesta más larga, los tábanos no pican y no tienes que buscar la sombra del árbol para que no se te caliente la cabeza. La almohada y el

colchón son más cómodos y huelen mejor que el aparejo.

Porque en definitiva la siesta es siempre a la misma hora, la morra y la garbana te entra con bostezos seguidos haciendo como el cachorro del galgo, los ojos se cierran como si te hubieran colgado dos peñascos en los párpados y el cuerpo te pide sofá.

Ahora hay más variedad: unos echan un zorro en el sillón, otros castigan al sillón y los más aficionados van directo a la cama.

A VIVA VOZ

Quién no recuerda escuchar por nuestras calles, a lo largo del día, la frase del sillero y su mujer cuando pregonaban: quin-canas, macacos, esportitas, niitos pa los pa-jaritos. El corte inglés. El corte inglés. Y le decían a los niños: compradme, lloradle a las madres.

Bonita época, cuando el torrente era lo que mandaba y atraía a la gente a descubrir lo que se anunciaba. No existían megáfonos, micrófonos ni artefactos de sonido, todo era a pulmón y garganta. Qué arte el de pregonar bien.

¿Os acordáis de aquel hombre mayor que con su moto vendía los famosos melones de la isla? Cómo hacía gala de su arte del vociferío de buen gusto y de que vendía los más dulces y tiernos.

Melones marismeños que sembraban los pelaos, llenos de sabor; los más dulces y tiernos del mundo. Aquellos melones rubitos, los de piel de sapo, que cuando partías

una cala te chorreaba el caldo por el pecho y te salían llagas en la boca. Parecía mentira que con la sal que tenía la marisma diera melones tan dulces. Qué pena que se hayan perdido por las enfermedades.

Ahora sólo escuchamos furgonetas de venta ambulante dando ruido con los altavoces, desde el turroneiro hasta los colchones de lana vieja, que dicho sea de paso, tampoco se ve por la calle el hombre de la lana vieja, con su decauve azul.

Menos mal que todavía podemos escuchar a la señora de los caracoles, a la del carrito que pregona: caracoles, caracoles gordos de la marisma, caracoles de cardos y almajos.

Qué bien lo dice la buena señora: Caracoleeeeeeeeeeeeeeeee. Es increíble como está tanto tiempo cantando la e. Qué garganta, que poderío, qué viva voz. Qué potencia.

Por eso, para que no se pierda, tendríamos que comprarle los caracoles de la marisma a estas buenas señoras que se par-

ten la garganta todos los días por las calles de nuestro pueblo, con la canasta de cañas encima del carrito del niño chico.

Y qué me dicen de aquél que preparaba las yerbas aromáticas. Hombre fuerte y sacó al hombro, calle a calle, desde el tomillo hasta las especias para los caracoles. O de la señora que vendía albures del río, enteros, cortados e incluso adobados.

O aquellas niñas que en las noches frías de invierno iban de puerta en puerta, más que vendiendo, suplicando que le compraran un manojo de rábanos. ¿Quieren rábanos?, decían.

O aquellos pregoneros del pan, que con las primeras luces, en el Plaillo, o en la esquina de Matajaca, o en la esquina del maestro escuela, cantaban: vienas, vienas, el panadero. Como el hijo de Mato, Curro. De zagalón pregonero del pan y hoy en día director del Instituto Joaquín Romero Murube. Sí señor.

Modos de sobrevivir de aquellos que utilizaban la naturaleza para sacar adelante

a sus familias, aprovechando todas las épocas del año con los recursos que la misma ofrecía.

Pregoneros, como el Gallego, aquel señor que con su traje largo afilaba las tijeras de los barberos y los cuchillos de los carniceros del pueblo. Cómo se bajaba del Amarillo con su carrito tan especial.

O el hombre de Lucena, que vendía velones, quinquales y almireces, con su saco de yute al costal, tocando una campana y haciendo sonar el ruido metálico producido por el choque del bronce.

O el de las nueces, aquel hombre doblado, volcado del lado del macaco que llevaba.

O el hombre del carrito de los helados, con aquellos cortes, cucurucho y napolitanos. Cómo se nos hacía la boca agua a más de uno.

O aquella señora con su traje de chaqueta gris y su maletín negro en la mano, pregonando: Aceite de máquina, agujas para coser. Y al ratito decía: Gafas para la vista cansada. Y la gente, extrañada, se preguntaba: ¿qué tendrá que ver una mercancía con la otra? Cosa curiosa.

Y Francisco, el pregonero oficial del Ayuntamiento, anunciando los bandos, edictos, el sello de las matrículas de las bicicletas y las matrículas de los borricos. Al atardecer, por todas las esquinas, la de la Plaza, el Castillo, el Furraque..., haciendo sonar su trompetilla y después: por orden del señor Alcalde se hace saber que hay que vacunar a los perros...

O aquellas señoras que de dos en dos volaban por las calles, de casa en casa. Quizás, por eso, se llamaban las Vilanas.

La gente les encargaba de todo: garbanzos, alpiste, aceite, gallinas, pollos, un almiré, lo que hiciera falta. Contri, hasta un cochinillo lechal, que lo traían las buenas mujeres a orza, debajo del brazo.

La marchanta pedía y ellas buscaban el género aunque fuera en el fin del mundo. Con entrega a domicilio incluida, sin gastos y sin seur. Atención directa al cliente. Mujeres adelantadas a su tiempo y a los famosos teleshopping. Sin estudios de mercado ni nada por el estilo.

Y si estabas cortito y escaso de alguna que otra perra gorda, también te hacían el favor de venderte por ahí algún saquito de maíz o de trigo que tuvieras guardado en el soberao. Qué bien te hacían el avío. Agentes comerciales se llamarían ahora las señoras Vilanas. Y hoy en día, para eso hay que estudiar hasta una carrera.

Anda que si ellas vivieran en estos tiempos se iba a enterar el Mercadona lo que vale un peine.

También los había que desarrollaban sus habilidades manuales para el arreglo de ollas, paraguas, latones y piezas de metal. Los lateros, como el que vivía en los postigos de lo que hoy es calle Nueva.

Memoria para todos ellos.

EL CALOR, LA CALOR

El calor, principal tema de conversación durante el verano. Se comenta y se habla de él casi a todas horas, incluso se llega al insulto, hasta el punto de que muchos se quieren separar de hecho o divorciarse del calor, huyendo, escapando, yéndose a la playa o a la sierra.

Y cuando empieza a subir las temperaturas con malajidea, entonces se feminiza y ya no se llama el calor sino la calor.

Se nos pega más al cuerpo y vive a día entero con nosotros como si fuera uno más de nuestra familia, marcando las pautas de nuestro estado de ánimo.

Por eso, la gracia o la malage que tengamos ese día dependerá mucho de cómo llevemos la convivencia con el calor, de cómo hayamos pasado la noche.

Quién no ha sufrido un recarmón de calor, de esos que caen hasta cochinitas del cielo y podemos casi freír un huevo en la calle, donde las tiñosas gazlean en las uralitas y medias cañas y los goterones de sudor te llegan a los tobillos.

Es cuando, dice el tío del tiempo, que los termómetros han llegado a la máxima. Porque aquí, en nuestra tierra, como dice el refrán, desde febrero busca la sombra el perro.

Nunca podemos hablar de máxima histórica. Hay que ser precavido para ello, ya que si un día hace calor, el siguiente hace más. Prueba de ello lo vemos en los meses de julio y agosto, donde no se ve ni un alma por las calles desde las once de la mañana hasta que sopla marea.

LA VIDA, QUÉ BUEN PLAN

Qué sufría es la gente del pueblo. Que trabajá está.

Anda que aquí se han echado pocas peonás en la marisma plantando y segando arroz y en los palines. Y cuántas horas en los andamios, al frío en invierno y al calor en verano. Y cuántas mujeres han servido en Sevilla, limpiando y limpiando. Y cuántas madres de hoy han echado media vida en los almacenes de aceitunas de Dos Hermanas, en la Libi y en otros muchos.

Gente trabajá que al final termina con la espalda hecha polvo, con dolores que no desaparecen hasta que uno se muere.

Antes no había coche para ir al tajo. Entonces, ¿cómo iba la gente?. Pues en bicicleta. Al arroz se iba en bicicleta. Doce o trece kilómetros pallá y pacá, después de estar todo el día agachado.

En planta desde bien temprano y agachado, con el culo caído, hasta el sol puesto.

Y el que no tenía bicicleta la alquilaba en el taller de Terrino, enfrente de donde hoy está Radiadores Baena o ancá Carranza. Así que el plan era ése. Mucha bicicleta pallá y riñones hechos polvo.

Y todo eso para sacar un jornal con el que tirar palante y poder uno comer, vestirse, hacerle un cuerpo nuevo a la casa, que ya no se cabe y los niños se ponen grandes.

Gente muy trabajá, muy gastá. Gente sufría. Que no tuvo nunca un viaje de novios cuando se casó. Siempre con menos fondo que una lata de anchoas.

Pero pasó el tiempo malo. Y empieza a sacar un poquito la cabeza y junta para comprar un pedacito de tierra y un solar en el pueblo para el día de mañana, para su hijo, obrándolo a empujones.

Y a criar a los hijos. Y con el tiempo, se va dando cuenta que el ganao nuevo no

hace ni dice las mismas cosas que a él le enseñaron.

Y como ese hombre desde chico le hacía caso al que sabía más que él o era mayor que él, pues piensa que su hijo va a hacer lo mismo.

Y cualquier momento es bueno para que el niño, después de una sugerencia, orden o mandato paterno, le responda:

Tú que sabes, papá. Tú no me entiendes. Tu no sabes de ná. Tú estás equivocado. Antiguo. Qué sabrás tú. No estás al día. De eso ni mijita. No, no, tú que te has creído, papá. Yo no, ni hablar.

Y ese hombre, más chico, más viejo, más encorvao y cada vez más derrotado, va, se disgusta y piensa para él mismo: valiente joiovaina.

La vida. Qué joío plan.

ARRIMARSE

Antes, los jóvenes tenían tres opciones: La primera, trabajar, la segunda, trabajar y la otra, trabajar. Porque eso de estudiar era para unos poquitos. Igual que ahora, que algunos, pudiendo, no quieren estudiar ni a palos.

Eso, trabajar, y de sol a sol. Y descansar poco, sólo el domingo, y no todo el día, sino por la tarde. Jóvenes paseando por la plaza y por la carreterilla. Para arriba y para abajo. Y comiendo pipas en la calle. Mucho pasear, porque cafetería, heladería, burger, discoteca o terraza de verano, de eso nada. Y de botellona ni te hablo.

Era curioso cómo se arreglaban las mo-citas entonces, porque esa variedad de pinturas, cremas y coloretes que hay hoy en día, antes, de eso nada. ¿Sabían ustedes cómo se pintaban los ojos las muchachas?. Pues la niña cogía una vela, la encendía, acercaba la llama a un plato y con el tizne, con ese negrito, se daba en los ojos. Y si quería un poquito de colorete, se daba unos pellizquitos en las mejillas y palante.

Y si querían estar todavía más guapas, cogían un poquito de jazmín y otras florecillas y se las ponían con horquillas en el pelo. Algunas hasta se ponían de zarcillos la flor de la cera.

Y a la calle. A pasear. Pero todos los días no se podía salir. Y menos a la plaza, porque allí estaban los hombres de la Jiguerilla, que te podían ver. Porque si te veían mucho, te ponías muy vista. Ole. Muy vista.

Cuando salían las niñas los domingos por la tarde, lo hacían casi siempre en grupos de tres. Dos a los lados y una al medio.

Y los zagales detrás de ellas. Y cuando podían, se acercaban o se arrimaban a ellas. Versación moñiguera. Arrimarse. Estar lo más cerquita posible. Claro. Y se decía: el Rafa se está acercando a la hija de la Antonia. O el sobrino de Francisco se está arrimando a la nieta de Joaquina.

Ligar se convertía en un auténtico arte. Cuando el mocito daba con ella, se acerca-

ba al grupito, que ya sabemos que era de tres muchachas. Si ella estaba en uno de los picos, bien, y si estaba en el centro, malo. Qué buen plan.

Y entonces las niñas movían las piezas de ajedrez que ni Kasparov:

Primero. Si estaba en el pico y a ella le gustaba el muchacho, le permitía un paseíto hasta la esquina. Que no entraba por uvas, se cambiaba con la amiga del medio y adiós muy buenas.

Segundo. Que estaba en el centro y quería plan, pues se cambiaba con la amiga. Que no, pues se quedaba donde estaba.

La cosa estaba clara y diáfana, como dicen hoy día los entendíos. Lo que sí es verdad es que el mejor sitio era el del medio, por eso todas lo querían, claro, porque así tenía las mejores cartas.

El paseo. Se daban vueltas a la Plaza, en redondo, desde el Bonsai actual hasta el quiosco de Gerardo y desde la esquina de Centeno a la esquina de Carmela de las má-

quinas de coser. Y vuelta a empezar. Por eso, quizás, al paseo se le llamaba la noria.

Y si los niños se ponían muy pesados, así en plan moscón, entonces a correr se dijo y ellos detrás. Algunas se refugiaban en la Administración, en la Policía Local, debajo del reloj de la Plaza, y otras se metían en el primer zaguán que encontraban abierto. Y allí esperaban, seguras, a que el pesado se hubiera ido.

Igual que ahora.

EL PRETENDIENTE

A base de paseos y paseos, la mocita dejaba que el mocito se acercara. Y subía un escalón más. Así se iba convirtiendo en un pretendiente. Sí señor, pretendiente. Aspirante.

Paseaba con ella y con sus amigas, porque la parejita todavía no podía ir sola. Más adelante, llegado el momento oportuno, el muchacho iba a hablar con el suegro a pedirle la puerta. Si le decía que sí, la puerta era suya. Pagaba el aguardiente a los más conocidos y lo celebraban en condiciones.

Hoy en día no se ven los novios en la puerta. No sabe uno el porqué. Pero cuando se ve a una parejita descarriada en su puerta, como Dios manda, qué cosita le entra a uno.

Bueno, pues a lo que iba. La puerta. Ya eran novios oficiales. Y eso aquí, en el pueblo, tiene un nombre nuestro: hablarse, que le hablaba. ¿Te has enterado que el Manuel le habla a la Charo?. Le habla, sí señor. Porque antes un hombre le hablaba

nada más que a las mujeres que eran muy cercanas. Estaba mal visto que una mujer le hablara a un hombre cualquiera. No señor.

Y llegado este momento las amigas ya se podían ir con viento fresco: ya no hacían falta para nada.

Aunque no siempre era así, porque la mamá intentaba endiñarle a la nueva parejita una hermanita o una primita chica, para así tener controlada la situación y no fueran a sitios malos.

Eso sí, el novio iba todas las noches a ver a la novia. Y en la puerta pelaba la pava como manda la costumbre.

En la puerta. Allí muchos vecinos nuestros se dieron los besos robados más bonitos del mundo, porque un beso bien dado es un beso robado, que no se espera y que nadie te ve darlo. Así es.

Como una vecina que me decía: Niño, cuando en la puerta mi novio me rozaba con los vellitos del codo, yo me estremecía. Ole. Arte puro.

El novio iba todas las noches a la puerta. Después llegaba el padre de la novia, que venía del tabanco, tosiendo fuerte desde la esquina; aunque era mentira, no estaba resfriado. Tosía fuerte para que el personal se diera cuenta. Y después de pelar la pava, el novio se iba a su casita. Así funcionaba la cosa.

Aunque en honor a la verdad histórica no todos se iban derecho a su casa a recogerse, sino que algún charrán espabilaete se perdía por cierta fuente de un pueblo vecino del cual no quiero acordarme.

Los novios paseaban también por la Carreterilla del Canal, muy popular. Y comían muchas pipas por la calle. Porque bares poquitos, aunque daba igual porque las mujeres no entraban en los bares.

Ya con el tiempo había más bares y empezaron a entrar las mujeres, pero siempre acompañadas por su novio o su marido, nunca solas. Bares como el de los Niños, Francisco Mayo, el Desembarco, Bar Co-

lombia, la Pachanga de la plaza, la Venus, el bar Avenida, la otra Pachanga, la Viña, la heladería de la Plaza y ya, poco a poco hasta nuestro días.

¿Y qué me dicen del cine?. Del cine del Husillo, el del Rincón de Los Lirios, aquél que sólo funcionaba en verano y que ponía películas de pistoleros, de Miguel El Ligerero y la primera versión de Drácula.

También, en verano, cuando se acumulaban las tareas y Lorenzo hacía estragos desde que salía, había que madrugar más que nunca. La prueba estaba en aquellos noviazgos que salían pitando nada más terminar la película, cuando el pistolero bueno mataba al pistolero malo.

El novio debía apresurarse y cambiarse de ropa tras el último balazo, porque al rato tenía que volver a meterse en el yugo, llevar el ganado a los cerraos para que estuviesen a prao, enganchar la yunta, irse a cargar gavillas o tenía que quedarse en los rastros para darle de comer a los cochinos una vez segado el cereal. En definitiva no tenían tiempo ni para rascarse. Y muchas de las novias tenían que ir tempranito a coger garbanzos, habichuelas y otras faenas del campo.

Vaya noviazgo el de algunos, que utilizaban la sesión de cine para echar un zorrore con el cartucho de pipas sin abrir, sentados en esos asientos del cine que eran lo más incómodos del mundo. Cuando despertaban, Drácula tenía la estaca clavada y se encendían las luces del cine.

Memoria.

LA JIRA Y LA FERIA

Como había poquito donde ir, las fiestas se esperaban con muchas ganas, como por ejemplo la Jira, que es el nombre que toda la vida de Dios se la dicho a la Romería.

La Jira. Tres o cuatro meses antes se juntaban los jóvenes y se veían todas las noches para arreglar la carroza.

Estas reuniones tuvieron un enorme éxito entre los jóvenes. Porque las madres, por norma, no dejaban salir a sus hijas todos los días por la noche. Por eso, la excusa era que tenían que salir por fuerza para arreglar la carroza haciendo flores de papel que, como ustedes comprenderán, no era cosa de hombres. Entonces, la chavalería estaba loca, tenían tres o cuatro meses para ligar y pasárselo bien, escuchando sevillanas y comiéndose sus guisitos y sus aliñitos de papas cocías.

La niña hacía flores de papel y se las daba al mocito para que la pegara en la carroza. Cuántos roces en las manos se dieron más de uno con el cuento de la flores. Se llevaba el chaval todo el día pensando que podía rozar su mano con la de la niña que tanto le gustaba.

Y después llegaba el día de la Jira. Día grande. Iba todo el mundo. No había más opciones, ni playa, ni sierra, ni Isla Mágica. Jira es lo que había. Con sus carros llenos de ramas de carlitos y palmeras. Y el personal disfrutaba de lo lindo.

Y la Feria, que se celebraba en la Plaza. Un año se puso un bocoy de vino y todo el mundo a beber gratis. Como decía un amigo mío: Primo, siendo dao, aunque reviente. Eso del gañote es una cosa muy antigua en el ser humano mundial.

En la Plaza había una sola caseta, la Municipal. Los bares sacaban sus veladores a la puerta, y la gente venga a pasear desde la esquina con la calle Aurora hasta los Cuatro Vientos o al revés, claro.

Más adelante, en el Corralón de Núñez, los más jóvenes montaron una caseta y traían conjuntos de música moderna yeyé, como los grandiosos y memorables Barking.

Memoria.

EL SEÑOR SE HA MORÍO

Jueves santo por la tarde, los oficios, las campanas que tocaban a triste: el Señor se ha morío.

Todo el mundo sabía que iba a ocurrir, porque las madres se lo anunciaban con tiempo a sus niños: el Señor está muy malo, el Señor está muy malito, se va a morir.

El Señor se ha muerto. Hasta el domingo el pueblo estaba de luto, bien serio. Seriedad que ya había comenzado con la Cuaresma, el Miércoles de Ceniza.

¿Tú sabes que antes, cuando no había detergente, las mujeres lavaban la ropa con ceniza?. Pues, sí, la lavaban con ceniza, y a eso lo llamaban la clarilla.

Era increíble lo escamondá y espercuía que quedaba la ropa con la ceniza. Pues a lo que iba, el Miércoles de Ceniza la gente no lavaba la ropa con ceniza. ¿Por qué? Pues porque creían que estaban haciendo algo malo si lo hacían el Miércoles de Ceni-

za. Y ya está. No hay más explicación. Curioso.

Y llegaba el Viernes Santo. Dicen los antiguos que eso sí que era una fiesta de verdad, bien solemne. Salía por la mañana Nuestro Padre Jesús y la Virgen de la Soledad, y se recogía al mediodía.

Y por la tarde, los Dolores y el Santo Entierro. Con la Virgen vestida de luto porque se le había muerto su hijo.

Y ese día era el único del año en el que absolutamente nadie trabajaba, pero nadie. Bueno era Don Juan Tardío. Nadie trabajaba. Y no se escuchaba ni una voz ni un ruido en el pueblo el Viernes Santo.

Hasta las bestias y vacas no tenían sus campanillos, cencerros y esquilas colgados al cuello. Sus dueños se los quitaban para que no hiciesen ruido por las calles el Viernes Santo. Sí señor. Esto es tomarse las cosas en serio.

Porque, a propósito, ustedes saben que las vacas pasaban por las calles del pueblo,

hasta hace muy poco. Iba el hombre con sus animales y su taburete. El cliente decía cuánto quería y a ordeñar y espachar directamente al consumidor.

Nadie hablaba el Viernes Santo. Ni las madres reñían a los niños. Ni los novios les hablaban a la novias.

No se daba ni una voz. Decía el padre: hoy es Viernes Santo y no quiero tonterías. No quiero ni una voz en mi casa. El Señor se ha morío.

EL SEÑOR HA REVIVÍO

Y llegó el domingo por la mañana, Domingo de Resurrección.

Tocaban las campanas de la Iglesia a gloria, tocaban bien fuerte. Repicaban. La mañana más grande del año. La más bonita. El Señor había revivío.

Y la gente, contenta y feliz después de los días tristes vividos. Y alguien tenía que pagar el pato por tanta tristeza y tanto luto. ¿Quién? Pues Judas, el traidor, el malasangre, el tío malo, el joío cochino.

Y ahí está la sabiduría del pueblo. Cuando uno está malo o triste lo paga con el de al lado, con la mujer, con el hijo o con el vecino. Pues la gente, tanta tristeza la pagaba con el juda, un muñeco de saco, que en número considerable se colgaban en las calles y esquinas del pueblo.

Eran muñecos grandes, con su cabeza, sus brazos, sus pies y todo. Llenos de paja y demás elementos variados: desde tinte, añil

y polvos coloraos hasta huevos hueros. Incluso había gente que le echaba dentro ratones.

Despuntando el sol, los zagalones y otros no tanto, iban a matar al juda, rompiéndolo cada uno como podía. El que lo cogía se iba corriendo y todo el mundo detrás de él.

A él, a él. Ése era el grito de guerra. A él, a él. A palos con él, hasta esbaratarlo y estrozarlo.

A él, a él. Pegando voces, en plan indio comanche.

Después, aquello era una fiesta. El personal cantaba y bailaba, en todos los sitios, donde más en la Plaza. Y hasta en el Cerro del Plaillo, donde hoy está el depósito del agua. Allí se iba el ganao nuevo a celebrarlo, comiendo y bebiendo.

Bailar y cantar. Día grande, sí señor. Lo que pasa es que unos pocos se desmadraron y en sitios como la carreterilla y la esquina del bar de Juanito el arriero, algunos se pa-

saron de rosca, y hasta zarandearon algunos coches que pasaban. Tiraban trozos del juda a la gente y eso ya no estaba ni bien ni bonito.

Por unos cuantos tiacos desaparecieron los judas.

Pero a pesar de ellos, todos los domingos de Resurrección, el Señor sigue reviviendo.

A CORTAR UVA

La jornada comienza antes de salir el sol, alumbrando el lucero de matagañanes, cuando Catalina es la que te alumbrada el carril al entrar en la viña. Normalmente, a menos que haya que espurgar o estén ligeras de uvas las cepas, se acaba temprano, cosa de agradecer cuando la calor aprieta.

La peoná es más o menos larga según la calidad, madurez, variedad, cantidad, de lo sanas que estén y, por supuesto, del acarreo.

Está claro que no es lo mismo cortar en un majuelo de lairén que en uno de tempranillos o de cardinal, que aquí llamamos francesa, y que no es igual que estén en condiciones, muy duras y sanas, a que tengan espurgo.

Como aquella variedad, la moyar, la negra; la uva más nuestra, más dulce, que se utiliza para la mistela, la que se encapacha para que no se las coma el sol y se queden hechas pasas y escobajos, la que hay que saber por dónde empezar a liar sus

sarmientos para que no se quemé ni un rostro de uva.

A propósito, la gente de ahora ya no quieren ni las pasas, los uvatos ya se quitan todos, no sabemos ni lo que comemos. Sólo se ven las pasas en las rebujinas que se vende en los quioscos; con lo bueno que está coymerse una uva pasa o un uvato en un racimo por la mañana temprano, con un trozo de queso.

La moyar, aquella que hace que tengamos una inmejorable y única mistela. Aquellas que se regabinaban a golpe de azada y sudor y que cuanto más gorda era la blandura, más espejadas y llenas se ponían.

Como aquellas mantúas de pila, de dura piel y consistencia, que se colgaban en las puntillas de las vigas de madera de pitacos de los tinaores, como los tomates de cuelga, las ristras de ajos, cebollas y racimos que se guardaban para Pascua Reyes.

Y las de aguardiente, aquellas uvas alargadas y duras que se echaban en botes con licor, para comérselas en invierno.

Empieza la peoná, y se mete mano con las luces de la aurora, cuando casi todavía canta el mochuelo. Se agarra uno con tizne, se aprieta el pulso y se coge la navaja con firmeza. Algunos hoy en día cogen la tijera, utensilio venido de Francia y muy recomendable para el espurgo.

Se mete mano y venga la navaja a correr, porque tiene que correr. Y a los líos en la cabeza del nuevo, cortes a él, cortes a él. Y no quiero granujas al suelo, que se pierde la ganancia, dice el manijero.

Y como dice el buen manchonero: corta siempre para el sarmiento, nunca para fuera, porque así, niño, no te cortarás con la navaja en toda tu vida.

Y vengan cajas, unas y otras, unas y otras, y parece, sólo parece, que el motocultor está cada vez más cargado. De vez en cuando mira de reojo al carro y se dice: ya queda menos, el montón va para abajo, porque manta a manta, las viñas no son tantas.

Y a todo esto, el cortaor llenito de manchas y pipas en la ropa, con las manos grasientas de caldo y polvo, el salistre de haber picado el sol y por supuesto, ese olor tan peculiar que se respira cuando se está cortando uva, esa mezcla entre sudor, azufre y tierra.

Y ese hombre, con esa gorra echada hacia arriba, de haberse llevado infinidad de veces la mano a la visera, jartito del es-purgo.

Y llega el momento feliz, cuando, por fin, se llena el carro. Ahora es cuando dice: Qué uvas más gordas, Dios mío. Qué bien asentá van las cajas. El espejo que tienen, el brillo que llevan encima y donde no hay una caja más alta que otra.

Uva de mesa, porque la de lagar es otro cantar, o uva de comer, las que se echan en los cartuchos de papel estroza.

Como dice el manchonero: hay que encarar y presentar como Dios manda. Que cuando preparas la caja, con las tongas o lechos bien asentados, sin mostear, ni los

cabos se sabe donde están. Sí señor, como tiene que quedar, sin huecos, donde cada racimo descansa donde le pertenece

Arte, como un puzzle de alta precisión, donde el que sabe las tira desde arriba y ellas solas se ponen en su sitio.

Satisfacción del cortaor, que cuando termina con las cajas que lleva por cuenta, cuando llega al trascón de la carriola, levanta la mirada por encima de la partía y observa la uniformidad del color.

Producto del buen hacer del artesano de la navaja y de un buen año de uvas.

Porque eso sí, ya no quedan cortaores como los de antes, cortaores que no tiran granujas al suelo. Qué poquita gente va quedando que sepa asentar bien una caja con los lechos bien puestos y bién encará. El arte está en llevarse la caja de una vez, sin mostearlas y ponerlas lamiosas. Porque el orgullo del buen manchonero estaba en llevar el género en condiciones para su venta.

Pero amigo, eso no sabe hacerlo todo el mundo, qué va. Es un arte, aprendido de sus padres, de aquellos que nacieron debajo de un nudo y echaron los dientes cogiendo hojas de parra para las angarillas y asentando uvas en los cajones, para llevarlo a aquel, ya muy lejano, Palenque Municipal, que ya no está.

Memoria.

GENTE DE ORDEN

O gente de bien, como se la quiera llamar. Pero no confundamos: gente de bien, no gente bien. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

En primer lugar, es una especie en peligro de extinción y que cuenta con ejemplares aún vivos en nuestro pueblo.

Dícese, según los eruditos locales, de quien se viste por los pies, o sea, que no se viste por otra u otras partes del cuerpo, sino por los pies, por los pies de las piernas.

Gente acostumbrada a respetar al que sabe más que él, y por supuesto, al que es mayor que él. Después de numerosos estudios realizados, a este especie ni se le ocurre pegarle una voz a su padre o a su madre, o pasarse de la raya con cualquier persona que se tope por la calle o por la vida mundial.

Dicen que tienen un gen que por motivos médicos desconocidos, hasta el momento, está desapareciendo a un ritmo vertiginoso y que su extinción está próxima.

Pero en el pueblo los hay todavía, se les ve venir desde lejos. Gente que nunca le quita a uno el sitio, que dan los buenos días en condiciones, que no le gusta colarse ni en los pésames. Que aunque esté ya casado, no deja de visitar a sus padres de toda la vida.

Una pista. A algunos se les conoce por la gorra que llevan puesta. Porque esto de la gorra tiene su alma, mucha alma. Forma parte de su forma de vestir, de moverse, de estar en la vida. Es suya, es algo importante para ese hombre.

Gente que cuando entra en un sitio serio, de respeto, hacen gala de su talante.

Como si fuera un torero en la plaza: mira al tendío, levanta la cabeza dirigiéndose a las personas que hay allí, se quita la gorra y asiente: va por ustedes, mi respeto a todos ustedes. Es algo increíble. No se ex-

plica uno cómo en este mundo sobreviven gente de tan alta alcurnia. Manchoneros de gran clase, de alto estandin, como dicen los que hablan tan raro, los de la lengua trabá. Y eso le reconforta a uno. Que haya gente así.

Y se pregunta uno: Dios mío, cuando los de la gorra se vayan pallá, ¿qué va a pasar?

Respeto, qué palabra más curiosa. Desde luego es rara, poco habitual. Seguramente alguien le estará echando fli para cargársela.

Respeto. Cuando alguna gente nueva escucha esta palabra parece como si fuera una costumbre fea, de tíos malos.

Qué mentira más gorda. Verá.

Si nos ponemos a investigar, primero nos enteramos que a todo ser de la humanidad le gusta que le den su sitio. Sitio que todo el mundo tiene, hasta el más pobre, feo, torpe y más cortito. A todo el mundo hay que darle su lugar. Respeto.

Y segundo, resulta que también a todo el mundo le gusta que no lo traten mal: que no te den voces, que no te digan en público que eres tonto, ni que se rían de tus defectos, que te escuchen y, por supuesto, que nadie te tome por un chiquichanca. Seguro que no. Respeto.

Bueno, pues si eso a ti te gusta, deberíamos suponer que al otro también. Ya está, eso es respeto.

Y para entender eso no hace falta haber estudiado una carrera. No señor. Antes, a la escuela no iba todo el mundo porque el chusco había que buscárselo.

Verá. El ser gente de bien es una cosa que se aprende y te lo enseñan tus padres. Un manchonero, un albañil, un maestro, un fontanero, un electricista, un camarero o un vendedor de ropa o de zapatos en condiciones, o sea, de bien, no le tiene que envidiar nada en educación a uno que haya hecho una carrera o que tenga muchos duros.

El ser gente de bien no lo da los estudios ni el dinero, sino haber tenido buenos pañales y un buen rodrigón de pino.

YA ESCANZÓ

Desde luego, para morir se lo único que hace falta es estar vivo.

Y morir es la cosa más normal del mundo. Aquí to quisqui se va para el otro sitio, más tarde o más temprano. Nos guste o no. La cuestión está en retrasar lo más posible el viaje.

Además, es un tema serio, que causa respeto a todo ser humano mundial. Y que a todos interesa. Por eso, cuando alguien conocido se va para allá, al cortijo de los callaos, en el pueblo nos enteramos todos. No hace falta televisión, ni radio, ni esquelas en el abc.

La gente nueva no sabe ni entiende lo que es cumplir ni lo que es velar.

Que cuando pasas por una calle y ves movimiento en una puerta, te preguntas si se habrá muerto alguien. Entonces, vuelves y te enteras.

Velar. Buena costumbre, sí señor. ¿Es malo quizás que tu vecina te lleve un caldito de puchero para reponer fuerzas, ya que no hay ganas de meterse en la cocina? ¿O que te lleve una mijita de tila para los nervios?. ¿O esos pañuelos que hacen falta, y que ahora se llaman clines?.

Y esa noche de vela, haciendo compañía, sentado en esas sillas de madera, que traían de acá Francisco Mayo o de Curro Castillo. Hoy en día ya no es así: la mayoría va al tanatorio.

Y ya el día del entierro. En punto, la gente deja lo que está haciendo, se maquea, se viste de limpio y a cumplir y a llegar a la iglesia a su hora. Da igual lo que hubiera que hacer, hay que cumplir.

Dicen algunos: es que a mi no me gustan los entierros. Pues claro, ni ti ni a nadie. Pero hay que cumplir como Dios manda.

Aunque también es cierto que hay gente a la que sí le gusta, que disfrutan de esos ratitos de charla, reencontrándose con sus amigos del alma.

Y llega la hora. En la iglesia los hombres atrás, las mujeres delante. Y cuando se termina, camino al cementerio. Sólo los hombres, porque las mujeres se quedaban en la iglesia, aunque hoy en día hay mujeres nuevas que sí van.

Y por último, el pésame, en la puerta de la casa. La gente que se agolpa queriendo formar colas para pegar el gorrazo. Porque aquí no se perdona un pésame así llueva a cántaros.

Como aquél hombre que tenía a orgullo ser el primero en todos los pésames, levantando el índice. Y no es que fuera el más rápido, sino que le gente le dejaba. Así era feliz.

Y allí, de pie, en la fachada de la casa, los hombres de la familia, con el cuerpo pegado a la pared y la espalda llena de cal.

Qué respeto, qué calidad de aquellos rostros serios, que al desfilarse quitaban la gorra con toda la solemnidad del mundo y al estrechar la mano del doliente le decía:

Siento mucho tu disgusto, te acompaño en el sentimiento.

Ya en los días actuales las costumbres van cambiando. Ya el pésame en la puerta de la casa se va acabando. Y cada vez más, el duelo se despide en la puerta del porche de la iglesia.

Ya no es igual que cuando éramos chicos. El cura y los monaguillos llevaban los ciriales y la cruz, visitando la morada del que se fue o despidiéndolo en la esquina de la calle del Hospital con la cuesta del Castillo.

O aquellas campanas, la gorda y la chica. Bonito arte el de saber tocar las campanas, con buenos tocaores de los que antes había, como Pepito el Moreno.

¿Sabían ustedes que había un toque distinto para anunciar que se había muerto un hombre o una mujer o un niño? Increíble, pero cierto, es verdad. Las campanas hablaban. Y la gente escuchaba.

Termina el entierro y cada uno para su casa. Y entre unos y otros se dicen las frases más existenciales del mundo humano: Ya escanzó. No somos naide. Para cuatro días que estamos aquí y nos queremos comer unos a otros. Qué dura es la vida. Totá. Y la mejor de todas: Que Dios lo tenga en su gloria.

Sí señor, esto sí que es misticismo de verdad. Auténtica trascendencia espiritual moñiguera.

LA PISÁ DE LA LIEBRE

No sólo hay que ser un consumado experto, sino más vivo que la hambre para buscarse las triquiñuelas y las formas para dar con una liebre.

Porque buscar una liebre con un buen perro, eso lo hace cualquiera, pero amigo, lo bonito es decir: en tal sitio está, vamos a buscarla y luego dar con ella

De ello hay testigos fehacientes que saben que el señor al que me quiero referir era un auténtico fenómeno en tal menester.

La historia se remonta a un día de cava, un día de medias vueltas, cavando las viñas para quitarles los pinis a los lairenes de una finca del Letrado, cerca del camino de la Zorrera, concretamente en la de Manuel el de Adrián.

Eran aquellos días en los que los porrazos de los pulgares de los nuevos sobre los dedos te hacían agitar las manos más que Paco de Lucía tocando la guitarra, de tanto como te dolía. Uno más de los tantos de

nuestra historia manchonera, de los que la jornada de trabajo requiere plato caliente, tan caliente como un buen arroz con liebre bastante calduo. Días de esos en los que cuando metes la cuchara se te levanta el pellejo del cielo de la boca.

Estaba aquí el personaje que nos ocupa, hombre manchonero de nuestro pueblo, nativo de aquí, jornalero de azada y navaja, entendido de los matos como pocos, porque si había alguien fino en la corta de sandías ése era él. Qué habilidad, qué arte, qué bien conocía las negrillas y las rayadas por el pelo, no le hacía falta mirar el rabo ni la tijereta de la sandía.

Pero lo más increíble y asombroso de este hombre era cómo daba con la astuta liebre cogiendo la pisada. Algunos pensarán que esto es imposible, pero la verdad sea dicha, ni un apache le ganaría en el rastreo de tan huidizo animal.

Aquél día lo demostró a los allí presentes, dejando la tarea momentáneamente. Y soltando la rabona, se dispuso a buscar la liebre para el condumio de la cuadrilla. El

personal, bromeando, hacía caso omiso de aquello de que la liebre lo estuviera esperando, como si de una cita se tratase.

No obstante, cabeza abajo, escopeta al hombro y aplicando su saber en el difícil oficio del rastreo, comenzó a cazar, a sabiendas, por el rastro, de que la liebre andaba cerca.

Pasó poco tiempo cuando se escuchó la detonación del arma que portaba y menos aún en llegar a la choza con el animal en la mano. Todos los allí presentes quedaron perplejos y las bromas se tornaron seriedad ante la agudeza y finura demostrada. Otros preguntaron: ¿la tenías trabá bajo un nuevo?

Ni qué decir tiene que el tal del que hablamos era Pepe el de Trinidad, más conocido como Pepe el de la Liebre. Personaje entrañable y bonachón, humilde y honrado.

Él fue el fundador de la famosa taberna La Liebre, regentada en la actualidad por su

hijo y nieto. Taberna en la que queda inscrita la seña de identidad de este entrañable manchonero.

Que enseñe a muchos en el cielo cómo se busca una liebre por la pisá.

MUJERES

Las mujeres de mi pueblo tienen su historia. Muchas, siendo aún niñas, iban muy poco al colegio. El plan que había era malo. La cosa no estaba bien. La crudeza de la época acortaba el tiempo de los juegos, el pique y la comba.

Un hecho importante se cruzó en la vida de muchas mujeres de aquí. De no salir nunca del pueblo, de trabajar nada más que en el campo, en la entresaca o aguándose los dedos en la marisma, las mujeres salieron a trabajar a Dos Hermanas, a los almacenes de aceituna.

Por las mañanas, temprano, salían muchos autobuses, los amarillos, ocho, nueve o diez, llenitos de muchachas que iban a los almacenes de aceituna. Se puede decir que aquello fue como una revolución en el pueblo. Mujeres que iban solas a trabajar, con un trabajo propio, suyo.

Almacenes como la Libi. De lunes a sábado. Sentadas en aquellas sillas de hierro, con la pinza en la mano y venga a rellenar botes. Dale que te pego, sin parar, no vaya a ser que no te hicieras la tara, que te llamaran a la oficina y te dieran el aviso, porque al siguiente, puerta y a la calle, que no rindes y al dueño no le sale las cuentas.

Y además, estaba la posibilidad que llegara la encargada y no le gustase cómo estaba puesta la quinta aceituna de la cuarta fila, que se le había caído un pedacito de pimiento morrón. Entonces te daba la vuelta al bote y ese ya no contaba para la tara. Qué ganitas de llorar le entraba a la niña, pero se aguantaba hasta que llegaba a su casa: allí lloraba más que carasucia. Qué ratito más malo

Pero qué bien venía ese sueldo para la casa. Para el ajuá. O para alicatar el cuarto de baño o enlosarlo, que era de terrizo.

No tenemos en el pueblo mujeres flojas o que se tiren al palo. No. Y también han cosido tela. La aguja y el dedal han trabajado bien en este pueblo. Y los bordados. Y la máquina de coser.

Jovencitas que, de golpe, cuando se casaban, se convertían en auténticas mujeres de su casa. Y no iba a ciegas; su madre le advertía con tiempo: hija mía, el matrimonio es una lotería, que no se sabe el número que te va a tocar. Y tenía razón, desde luego que tenía razón.

Pero qué bien supieron jugar el número que les había tocado. Qué bien lo hicieron muchas mujeres de nuestro pueblo. Qué bien lo supieron jugar.

Mujeres manta, que todo lo tapan. Mujeres duras de riñón, fuertes ante la fatiga del trabajo, sensibles ante los ojos de su plebe y de su peón y hombre de confianza, su marido. Al que muchas de ellas jamás se le ocurría quitarle su sitio.

Mujeres, que la mejor comida del día la preparaban para la noche, para su hombre. La comida de garbanzos. Porque al mediodía su marido estaba fuera de la casa, trabajando.

Y llegada la noche, todo el mundo pendiente de la comida y de la ensalá, alrededor de la mesa.

Y cualquiera se despistaba. Oveja que berrea pierde bocado. Quién no recuerda lo bueno que estaba ese güito que dejaba el aliño, cuántos sopones se echaban, qué rico estaba. Y al otro día, qué pedazo de pringá se llevaba ese hombre en la talega, con su media de pan como Dios manda.

Mujeres, que con las primeras pesetas que se cogían de la cosecha, le compraba a su marido un par de buenas botas, para el campo, para que cuidara sus pies, aunque ella se llevara la vida entera con babuchas y alpargatas, siempre mal calzada.

Mujeres, que no les entraba el cuerpo en caja hasta que no volvía su marido de la

Jiguerilla y comprobaba que tenía tajo para el día siguiente. Porque antes se vivía día a día.

Y los inviernos eran largos y había que echar el arado dentro. Anda que no eran mirás ni ná las mujeres de entonces.

Por eso, porque ellas estaban en la delantera de su casa, porque sabían sufrir, a ellas, nuestra estima y consideración, y sobre todo nuestro respeto, mucho respeto.

RECUERDOS DE COLOR

Está uno deseandito que se vendan en las farmacias unas pastillas para poder recordar, como si fuera ayer, los momentos más agradables de la infancia y adolescencia de uno. Los agradables nada más, los otros no. Imágenes, olores y sabores que forman parte de la vida de uno, que están ahí y que lo marcan para siempre.

Imágenes que le vienen a uno como aquella tranca detrás de la puerta. O el guijarro que se ponía para que la puerta no se cerrara. O el aldabón, al que se le daba la vuelta cuando no había nadie dentro de la casa.

Imágenes, fotos que le transportan a uno a otro tiempo. Como esos papeles de estraza llenos de pepitas de melón y de sandía, puestos al sol; semillas para el año siguiente.

Imágenes, como la gente de antes, que cuando se le caía un pedacito de pan al suelo, se agachaba rápidamente a recogerlo, dándole después un besito al pan, como signo de respeto al que no tenía para vivir. La gente antigua decía que no estaba bien comer en la calle porque el pan es de Dios.

Imágenes, como ese pozo, que en muchas ocasiones se construía en la medianía de dos vecinos, para que costara más barato y así compartirlo entre los dos. La mitad para ti y la otra para mi. El pozo, con su cubo y su soga, para sacar ese agua que estaba tan fría.

O el servicio, el pozo ciego que estaba al final del corral. Para limpiarse no había papel higiénico de ese del suave como hay ahora. No señor. Antes se cogían periódicos antiguos, se partían en pedacitos, se pinchaban en un alambrito y de ahí se iba sirviendo uno.

Imágenes, como esos papelillos de colores transparentes para adornar el cordón del que colgaba la bombilla. Decoración con imaginación.

O esos niños que pedían periódicos viejos en los bares para vendérselos al de los piensos, para hacer los cartuchos de alpiste.

Y las mujeres que limpiaban el suelo de su casa con algofifas de trozos de saco. O con estropajos que se hacían de la sogá del pozo, cuando ya estaba pasada y se abría.

Que también utilizaban las muqueñillas de añil para darle ese tono azulado a la colada de la ropa. Auténtico arte en el manejo de la muñequilla.

Y Manuel, el del agua, con su camión, por las calles del pueblo, llenando cántaros y cántaros de agua.

O aquellas señoras que cuando cocinaban llevaban un platito a su vecina para que lo probara. Y las veía uno salir corriendo de su casa y entrando acá la vecina como quien lleva un regalo sorpresa: Verás que ricas me han salido estas croquetas de puchero. Y ella, al otro día, le correspondía con otro platito de jabitas chiquititas. Y la de enfrente le llevaba unas brevitas, en su punto, que su marido le había traído del manchón, en un canastito adornado con arte, como antes se hacían las cosas. Demostraciones sinceras de afecto culinario.

O como aquellos niños que repartían por las calles los cartelillos que anunciaban las películas que iban a echar en el cine. Qué contentos se ponían cuando Rafael les daba entradas gratis para el cine.

Y el afiló, con su vieja gimson, siempre rodeado de zagales mirando las chispitas que salían de la piedra de afilar. Qué cosquillitas le entra a uno cuando aún hoy, muy de vez en cuando, escucha la musiquita del afiló.

Y aquellas piedrecitas preciosas de colores que tenían los tapones de las pastillas de la farmacia, con su redecilla, como una canasta de baloncesto. Parecían esmeraldas, zafiros y rubíes. Como un tesoro de verdad.

Imágenes que salen del cajón de los recuerdos, donde están bien guardadas. Fotos que afloran algunas veces, no siempre, porque son caprichosas. Qué agradable es ver esas imágenes de la vida vivida por uno, única, irrepetible, imborrable.

Por eso, mucha gente intenta volver a vivir en el barrio o, a ser posible, en la calle donde uno se ha criado y pasar los últimos años en el lugar donde un día fue niño.

Ahora uno comprende por qué las personas que están muy mayores se acuerdan mejor de cuando eran chicos que lo que pasó el día antes.

Claro que se entiende, porque no hay nada como los buenos recuerdos de la infancia y de la adolescencia de uno.

RECUERDOS DE SABOR

Sabores en el recuerdo, como el agrio de las parras que había en los patios, las tijeretas. Los agrios del campo. Anda que no estaban ricos. O las tetavacas de la marisma. Y los peritos agrios que ya pocos hay. Se le hacía a uno la boca agua.

O los tomates de antes, que se cortaban por la mitad y con una mijita de sal gorda, de la de verdad, le parecía a uno que estaba en el cielo. Qué buen comer. Y los amascos de Cismán o las ciruelas del Letrado, los melones de Puerto Rico o las uvas de las Alcántaras

Sabor especial, como la gaseosa de Monge. Qué buena estaba. Después le quitábamos la zapatilla a la botella, para jugar al trompo. Y el sifón. Qué burbujitas más ricas. Con qué ganas se bebía.

O la casa que había en la calle Aurora, al lado de la ermita y de la cruz de los caídos. Lugar de inmenso sabor, que al mismo tiempo desprendía un olor como de cuentos lejanos. El olor de acá Manolo El Confite-

ro, aquel olor a sabor, a dulces que te embriagaban de aroma: borrachos, merengues, biscotelas, medias lunas, carmelas y pitisús. Todos en perfecto orden colocados en aquella vitrina inmaculada y limpia que cuando la mirabas se te iban los ojos detrás de ellos.

Como en la panificadora de Navarro. Qué ricas sultanas. Y las cuñas, que buenas estaban, Dios mío. Y mientras más grandes mejor, no como ahora, con tanto dulce chico. Tonterías de la moda del momento.

La Fábrica de los hermanos Navarro, que endulzó la vida a más de un jornalero de la marisma; aquellos que trabajaban a lo Tío Tom. Su mujer, como para asegurarse que iba a volver sano y salvo de la contienda, le echaba en la talega algún que otro dulce como aquellos bilbaínos, tú y yo, tortas de leche y barquitos.

Memoria.

RECUERDOS DE OLOR

Qué bueno está respirar bien hondo y parecerle a uno que está oliendo cosas de hace un montón de años. Pero qué bueno está.

Los niños sabíamos que llegaba la Semana Santa porque se olía en la calle. Por las torrijas y los roscos fritos. En todas las casas las mujeres hacían barreños enteros de roscos. Los freían y llenaban de azúcar. Ibas por la calle, y de las casas salía este olor tan característico, el ajolí frito. Tan familiar, tan agradable, tal dulce.

Y en Navidad las tortas de polvorón, que las mujeres preparaban en su casa en un lebrillo, y que podían ser de aceite o de manteca. Tortas que se cocían en un horno, que en las casas no había.

Las mujeres iban a los hornos de leña de los panaderos del pueblo. Antiguamente, el panadero hacía el pan en su casa y lo vendía directamente al domicilio del cliente, con burro y bicicleta de tres ruedas.

Igual que ahora con el burger, pero sin moto.

Bueno, pues la señora cogía sus tortitas, las ponía encima de papel estraza, las metía en un canasto de varetas de olivo que le hacía su marido, las cubría con un paño muy blanco y ancá el panadero, al horno con ellas.

Y después, con sus tortas recién hechas, la señora paseaba su canasto por todas las calles que podía, aunque no le cogiera de paso, para que la gente viera qué buena canasta de tortas llevaba. Y le dijeran: qué buen año de tomates, que poderío, que buena cosecha, el mato se ha portado bien. Sí señor, orgullo familiar.

Olores, como los jazmines que ponían las mujeres en platitos con agua, para que perfumaran las casa, o las africanas que se criaban en los brocales de los pozos.

Olor, como el que desprendía las barras de nieve de Monge, tan frías. Curioso ese olor a frío, porque en las casas no había frigoríficos ni congeladores ni nada: el úni-

co frigorífico era el pozo. Y ese olor a frío no lo había nada más que allí: Ancá Monge y ancá Canga-Argüelles.

O aquellos olores que dejaban los tomates de antes. Anda que no se notaba bien cuando el marido llegaba a la casa con un canasto de tomates, de los de secano. Y cuando se freían en aquellos peroles, a fuego lento, machacados con la espumadera, eso ya era el colmo. Olían hasta en la esquina.

O los melones y sandías que se ponían debajo de la cama. Si era rubito y estaba dando la cara, se hacía todavía más intenso. Qué barbaridad. Qué olor.

O cuando llegaba la Navidad y montábamos el portal de Belén. Íbamos por serrín a la carpintería de Arahal, Benedito o a la del Valenciano. Era increíble ese olor a serrín. Qué agradable.

Y aquellas casas antiguas, cuando se juntaba el olor del carbón del fogón de la cocina, el olor del petróleo del quinqué y el aroma de la comida de antes, la de los gar-

banzos. Qué mezcla de olores, qué agradable sensación, única.

O aquel hombre, que iba por las calles con sus bolsas grandes, vendiendo colonia casa por casa, a granel, llenando botecitos con su embudito pequeño. Qué olores desprendía ese hombre. Olores peculiares.

O ese olor tan impresionante que había por las calles cada vez que llegaba el otoño: el olor a arrope, que salía de las bodegas del pueblo. Aspiraba uno bien fuerte y parecía que te estabas pegando un atragantón de mistela.

Y por último, el olor de las moñigas que dejaban las vacas en las calles. No era un olor agradable, desde luego, pero era el que era, no se podía cambiar.

Nos llaman moñigueros porque antiguamente la gente recogía las moñigas de las calles, y cuando se secaban, las utilizaban como si fuera carbón.

Hay qué ver cómo se adelantaron en el tiempo nuestros paisanos. Hoy en día, a eso

se le llama amor por la naturaleza, reciclaje y utilización de las energías renovables. Y hasta defensa y protección del medio ambiente. Sí señor.

¿Quién iba a decir que el moñiguero es el antecedente histórico del ecologismo moderno? Ahora resulta que nuestro antepasados, hace ya muchos años, pensaban en verde.

Como se enteren los del Protocolo de Kyoto, van a venir aquí a poner su sede mundial. Qué famosos íbamos a ser.

Habrased visto.

MANJARES MANCHONEROS

Tenemos aquí una serie de manjares, muy nuestros, que fueron sustento de muchos en años malos. Con qué poco se intentaba quitar la hambre que había.

Delicias del más exigente gourmet, antojo de cuantos sabemos apreciar la gastronomía de nuestras madres, de nuestras abuelas, de las del fogón de leña y carbón, pura gastronomía local.

Podemos presumir de una serie de recetas culinarias muy nuestras y que su nombre puede extrañar a muchos: pachocha, zopeao, espoleá, arrope, etc.

Sustento de muchos con algo tan sencillo como el pan, que era de lo poquito que se podía comer. Ante la escasez, emergió la inteligencia y el saber del moñiguero, que cogió y se las ideó para inventar recetas con lo que tenía a mano.

Por eso, qué verdad más grande cuando dice el refrán: sabe más un necesitado

que un abogado, porque hasta para poder comer hay que ideárselas y ser astuto, echando mano a lo que se tiene.

Cuando el calor apretaba y desde mediados de febrero los hombres empezaban a gastar la de la bellota en trabajos de cava, no tenían ganas de comer nada más que alimentos que pudieran refrescar el cuerpo y también como algunos dicen, para poder engañar al estómago.

Para ello, el pan, el agua, el aceite de oliva y la sal eran los componentes ideales, surgiendo la pachocha, que algunos mezclaban con unas buenas aceitunas negrillas y cebollitas tiernas. Hay quien dice que la pachocha es comida de gorriones, que no es más que pan mojado. Pero quien la ha probado de verdad, sabe que eso no es así, que te comes una y te entra ganas de comerte una media de pan entera.

Había cuadrillas dedicadas al menester de gastar la bellota a toda costa, bien cavando lomos, derribándolos, asentando casilleros, en las viñas; otras que trillaban por la mañana y aventaban por la tarde en la

era; otras en la siega del cereal o trabajando en los palines, segando arroz con el charasco o en las galbas. Trabajos todos ellos de gran desgaste físico y energético, que requerían una buena alimentación para poder ir al tajo al día siguiente.

La recompensa para todos era la hora del zopeao y del gazpacho, en la que, según entendíos en la materia, había cuadrillas que se distinguían de las otras por el majao y la elaboración del mismo. Dicen que era muy popular el majao del gazpacho que hacía la que trabajaba en el Sargento Mayor. Tenían arte hasta para echarle el vinagre y la sal en su justa medida.

Zopeao o gazpacho que se comía con cucharas de pita, porque cuando te la metes en la boca es insípida, no sabe a nada. Pita de aquellas que se utilizaban para los abacales de las sogas. Otros echaban en la quincana el cucharón de palo, cazo hecho por ellos mismos con madera de naranjo o limonero perfectamente esculpido a navaja y cristal. ¿No habéis visto alguna vez ese botellín de cerveza con la mitad de aceite y la otra mitad de vinagre? Se le daba un me-

neo y se utilizaba para hacer el majao del gazpacho. Y otros se valían de las astas de los bueyes para tal menester, tapándolo con una corcha.

Pero llegados los fríos se cambiaba el condumio por comidas calientes como el ajofrito o la espoleá.

Ajofrito con espárragos de nuestros vallados, hoy en peligro de extinción, y con pajaritos fritos, deleite de muchos y foro de debate para otros. Ajofrito para los días de agua, acompañado con unas rabanitas tiernas. Y cuidado con no meter la cuchara muy honda, porque si no, te quemabas el cielo de la boca.

Otras de las comidas que se solían hacer era la espoleá, acompañada con un buen arrope y unos chicharrones de pan. Espoleá con azúcar, ahora tan de moda en reconocidísimos restaurantes locales. Seguramente que alguno de nosotros ha escuchado en más de una ocasión: anda que no comíamos antes espoleá de maíz. Comida tan simple y que tanta hambre quitó.

Como las famosas glorias, que se hacían echando en un vaso pan, agua y azúcar; ideal para aquellas personas que estaban endeblitas.

Y qué me dicen de las habichuelas colorás de nuestro pueblo, las chiquititas. Qué sabor, que caldito tan rico dejaban. Que con un bollo de pan no tenía uno bastante para mojar.

Pero una buena comida requiere de un caldo en condiciones, y qué mejor que un buen mosto de nuestras lairenes y moyares. O el vino negro, hecho con arrope. Qué maravilla degustarlo con paz y sosiego. Autén-

tico licor manchonero, como el que hacen los monjes de los monasterios.

Aunque si de buenos caldos hablamos, no podríamos dejar en el tintero a nuestra mistela. Mistela procedente de uvas negras, de nuestras moyares, ya mencionadas en otros relatos.

Mistela. Nombre que resulta hasta agradable el escucharlo, duende en su paladar, misterio en su hacer, sentimiento en el tomar, tradición y tiempo a sus orígenes, regalo divino para una tierra bendecida con ese don otorgado por ese algo que creemos que existe y que está ahí.

LOS NOMBRES DE LAS CALLES

Se queda uno mirando los letreros de las calles del pueblo y lee nombres de reyes, políticos y personajes importantes. Y no nos parece mal, no señor. Porque la tradición, la cultura y la memoria histórica la forjan los hombres que han pasado por aquí antes que nosotros y a ellos un respeto le debemos.

También hay nombres de vírgenes y santos, y está bien, porque si no, nos vamos a quedar desamparados y eso es lo que está haciendo falta.

Y calles de doctores, poetas, literatos..., en fin, gente importante, que también es bueno que estén ahí, para que nuestros niños se fijen en ellos y estudien mucho.

Pero, qué bonito sería que le diéramos su sitio a las cosas nuestras, y poner calles con nombres moñigueros. Eso no estaría de más. Y así esos nombres estarían siempre allí, todo el mundo viéndolo, para siempre.

Un poner: no estaría bonito ni ná encontrarte unos letreros en las esquinas que dijeran:

Avenida de los manchoneros
Calle de los pelaos de Matacagazos
Calle de la mujer de los caracoles
Calle del hombre de la colonia
Calle del aguaó
Avenida del Palenque
Plaza El Pozo el Plaillo
Avenida del Matadero
Avenida del Cerro de la Jorca
Calle del Rincón de los Lirios
Calle de los tabancos
Avenida de los cortaores de uva
Calle del cebaero
Calle de la piscina Carmela
Avenida de Jilito
Calle de los plantaores
Plaza del sandiá
Calle de los postigos de la calle Nueva
Calle del Manchón de la Pepona
Glorieta de los Pencales
Avenida de los Zofataores
Calle del carlito Rubio Pérez
Calle de los lateros
Calle del Malacate

Avenida de las Eras del Plaillo, y por último la mejor de todas:

Avenida del Majuelo. Sí señor. Ahí me voy a comprar yo un solar, para decir: vivo en la Avenida del Majuelo núm. 21. Qué bonito.

Y así, cada uno puede ir añadiendo lo que quiera, a su gusto.

JORNALEROS

Jornaleros, como los que iban a la marisma, a plantar o a segar arroz.

Personas que llegaron al pueblo como si esto fuera la California de aquí. Buscando buenos jornales. Llegaron mucha gente de Montellano, Coripe, Puerto Serrano, Olvera, Pruna, Casariche o Espera.

Jornaleros que venían con sus familias enteras, y se quedaban aquí desde la planta hasta la siega del arroz, durmiendo en aquellos barracones, como los de las películas de guerra.

O los jornaleros del pueblo, que iban y venían con sus bicicletas de la rueda gorda de atrás toíta llena de peregaña y el portamaletas de madera. Y eso era cuando el tajo estaba cerquita, en las Dueñas, las Lomas o las paredes del Coto, que si era más lejos se tenían que quedar allí a dormir.

Jornaleros de la marisma, que se juntaban siempre en las mismas cuadrillas,

como aquella en la que estaban Francisco el Nene Carro, Antonio Plácida, Rafael el Cebollo, Ángel Peralta, Chato Barea, el Brasileño, Chocolate, el Águila o el Pipa. Buena gente.

Trabajo duro, pero del duro, de sol a sol. Dicen que mucha gente ganó sus buenos dineritos plantando por cuenta. Porque cuando cortando uva se ganaba treinta pesetas al día, en la marisma a jornal se ganaba el doble, y por cuenta, aunque eso era ya trabajar como una bestia, se ganaba hasta trescientas pesetas al día.

Con esos dineritos del arroz muchos pudieron comprarse su solar. Entonces fue cuando se vendieron los manchones de Romero, Joselón, Capellán y Narigón. Haceros una idea: un solar normalito podía costar en esos tiempos entre veinte y treinta mil pesetas.

O sea, que el arroz trajo prosperidad y riñones hechos polvos.

Se cobraba por semanas y los encargos venían a tabancos del pueblo para pa-

gar el jornal a los hombres. Un sitio famoso fue acá Acerguita.

Allí se juntaba mucha gente, bastante gente. En el patio, al lado de la famosa palmera morada, se ponían unas mesas donde se sentaban los pagaos. Y la gente, cuando cobraba, firmaba con el dedo y después se limpiaban la tinta en la palmera. Por eso estaba morada.

Además de la marisma, los jornaleros se empleaban en la aceituna, en los cortijos de Dos Hermanas. La gente de Los Palacios era famosa en el arte de llenar el macaco. También en la tala de los olivos, verdaderos virtuosos en el manejo del calabozo.

Jornaleros, que echaban la peoná trabajando para los llamados señoritos, hombres sin rostro y algunas veces, sin alma.

Memoria.

JORNALEROS MANCHONEROS

El jornalero, en mi pueblo, tiene una variedad muy particular, y que es propia de aquí: el jornalero manchonero.

Se podían encontrar en la famosa Jiguerilla. Verdadera oficina de empleo de la época. Al laíto de los cartelillos del cine, aquél escaparate donde se anunciaban las películas, además de objetos perdidos y encontrados.

Era impresionante ver tanta gente, doscientas o trescientas personas, todas juntas, apelonás, debajo del reloj de la Plaza. Recuerda uno el murmullo de tanta gente junta, todo el mundo hablando a la vez, como si fuera una manifestación de estas que salen en la tele. Era increíble.

Y ahí está la gracia. Unas veces, las más, el manchonero iba a la Jiguerilla para buscar tajo y otras para buscar personal. Algunas veces era jornalero y otras veces era patrón. Sí señor. Curioso.

Jornalero, cuando el manchón no daba para mucho, se buscaba la vida con la peoná.

Patrón, cuando las faenas del campo lo requería, contrataba como jornaleros a sus compañeros manchoneros. Interesante.

Economistas y sociólogos del universo se han llevado toda la vida pensando cómo resolver el problema de las desigualdades sociales, esas cosas que dicen de norte y sur y de la globalización ésa y todavía no se han enterado que aquí, la economía local la llevaban unos señores manchoneros que unos días eran asalariados y otros patronos de su manchón. Que vengan los entendíos de las universidades famosas del mundo mundial y estudien el misterio de la manchonería.

Bueno, pues a lo que iba. En la Jiguerilla se contrataba y se pagaba el jornal. Todos los días, día a día. Aquí se pagaba a la uña. Y después, el manchonero patrón invitaba al manchonero jornalero a una cigüeña en el tabanco que se encartara. Sí señor. Eso son relaciones sindicales de verdad y lo demás son cuentos.

Y qué contento volvía ese hombre a su casa, con los diez duros en la faltriquera, la cigüeña bebía, el tajo seguro para el día siguiente y caramelos de solano en el bolsillo para sus niños. Con qué poco era feliz ese hombre. Y pensaba para él: qué contenta se va a poner mi mujer.

La vida es dura pero, algunas veces, placentera.

Qué buenos estaban los caramelos de solano de antes.

Memoria.

LA CASAPAJA

La de veces que algunos de nosotros hemos escuchado el nombre de casapaja. No hay más que irse a la calle Nueva, antigua Matilde Miura y preguntar a los allí residentes por la definición de esta palabra.

Casapaja, qué nombre tan raro, qué poco oído hoy en día. ¿Qué es eso?, ¿de qué siglo es?, ¿para qué se utilizaba?

Por su nombre, se puede deducir que hace referencia al lugar donde se recogía la paja y el heno para el ganado, donde se almacenaban los haces de paja tras la siega, y que después sería sustento de la caballería y el ganado en general.

Muchas de ellas tenían incorporado un soberao donde guardar el grano recolectado en los meses estivales. Grano que se medía con el medio, que equivalía a unos dos o dos kilos y medio aproximadamente; la cuartilla, unos doce kilos y medio; la media, que equivalía a unos veinticinco kilos.

Se utilizaba también el racero para pasárselo a la cuartilla por encima y dejarla en su justa medida de grano.

Cuando la casapaja no se ocupaba en su totalidad por la paja, se utilizaba el hueco para albergar los aperos de labranza y los utensilios para la misma. Aperos como maquinillas de regabinar, de aporcar, arados, las escalerillas de las bestias, los aparejos de las caballerías: horcate, collera, macho-collera, francaletes, cabezal, yugueta, silla, zufra, barriguera, retranca, los tiros, los viergos, las palas y los yugos de las vacas garroteras.

Y pensando en ello, le viene a uno a la memoria las dos vacas de Vicente Begines, el Mantenido, que se llamaban las Mellizas, la Presentá y la Enamorá. O aquella otra vaca retinta y portentosa que se llamaba Tintorera y qué decir de los toros de Juánico, el de la calle Nueva. Y los carreteros, como Manuel Ramos, Manolo el Curita y otros muchos.

Si queremos saber de verdad qué era una casapaja tan sólo nos haría falta diri-

gornos a los vecinos que vivieron directamente el trabajo que entrañaba el guardar, colocar y disponer los haces dentro de la casapaja y del grano en el soberao.

Algunos, como la gente de Carlos Ramos, Juan Begines, Manuel el de Carlos o Carito. Manchoneros unos, pelaos otros y algunos tenían los dos títulos a la vez.

Además de lo descrito, la casapaja servía de lugar de encuentro de vecinos y allegados al lugar, auténticos foros de debate y conversación relacionada con el campo: que si la simentera, que si la yunta de vacas, que si el sobrehueso del mulo de fulano, que si el trigo capeli, que si el trigo raspinegro, del año que se sembró el lino y el cártamo, del yero, de la cosecha de garbanzos negros, de la mancha de albejones que tenía fulanito, que de la haza de calabazas de cetanito, que el tomatá de menganito, que si las peonás de tala que tenía la estacá de Calabozo en Cismán ...

Estos foros de conversación e intercambio de opiniones fortalecían las relacio-

nes de los vecinos y servían de ayuda para intercambiar impresiones.

Si había poca faena y el día estaba cerrado en agua, se buscaba la tarea y se cosían los aparejos de las bestias a base de lerna, cabo, aguja y cerote. Se cosía a dos cabos, como los buenos talabarteros. Se hacían las trabas y las jáquimas con los abacales, éstos sacados de las pitas. Y otros hacían las riendas, trabas y cordeles para el ganado y auténticas filigranas en los quitipones.

Había bastante unión entre todos. Se ayudaban mutuamente y reinaba la armonía entre vecinos. Armonía, en peligro de extinción.

Qué apasionante sería poder comprarse una máquina del tiempo y viajar a una casapaja. Veríamos las vigas de madera que sustentaban su techumbre, llenas de telarañas.

Y veríamos también la gata paría en los haces de paja, la misma que en verano a veces llenaba de pulgas la casapaja. Y las tiño-

sas en las ademas y formeros de la techumbre y también los aparejos colgados en las perchas hechas con ramas de acebuche.

Y estarían allí los chismes del campo, el hueco que servía para introducir la paja desde las carretas o galeras hasta dentro, con la puerta de madera, los bancos que había antes en los tabancos, aquellos que servían también para ordeñar al ganado.

Y vería el candil que servía para darle vueltas al ganado de noche, el postigo de la casapaja con la tranca puesta, el aldabón para llamar al postigo y las argollas colgadas en las paredes de tierra, que se utilizaban para amarrar el ganado.

Y aquel soberao, auténtica despensa familiar, donde guardaba su grano, sus tomates de cuelga, sus papas, sus melones y sus sandías de invierno, sus garbanzos, sus habichuelas, sus pasas, ...

Memoria para todos aquellos que participaron algún día de lo descrito, para

aquellos que viven y para todos los que Dios
tiene en su gloria.

LO MAS NORMAL DEL MUNDO

Qué buenos cuartos de baño tenemos en la actualidad, con todos sus avíos. No siempre fue así. La gente normal del pueblo arreglaba sus cosas en el corral.

Algunos hacían un pozo ciego al final de la casa, el cual era considerado como un auténtico artículo de lujo.

Otros, la mayoría, se apañaban en el famoso montón de estiércol del corral, producido y generado por los animales que cada manchonero tenía para el transporte y el laboreo del campo. Antes no había motocultores ni ce-quince. Había bestias, que salían y entraban por la puerta de la casa. Mulo pacá, mulo pallá. Imaginarse cómo dejaban el suelo y la gracia que le entraba a la mujer de la casa.

Y allí, al laído del montón, cada vecino ponía fin al ciclo natural. El resultado se arrebujaba con el estiércol y cuando llegaba la época de siembra en el manchón, se cargaba en los cerones y carros. Unas veces se enterraba en los casilleros, otras se repartía y se amontonaba, para posteriormente ir recortándolo hasta hacerlo mantillo.

Todo era natural, se recuperaba y regeneraba; como ahora dicen los entendidos: se recicla. Cuántas veces hemos escuchado decir que las mejores papas que se comen son las de estiércol, las más tiernas y gustosas.

La petaca también ponía de manifiesto el estado pudiente de cada uno, es decir, el dinero que su dueño tenía. Se podía ver por la textura y composición del producto.

También se podía comprobar fácilmente la época del año en la que se encontraba. Digo esto porque en el invierno había más rasca y se comía menos y peor, mientras que en verano había más abundancia, sobre todo

de frutos; los más comunes las uvas, sandías y tomates. De ahí que no era raro ver en un montón de estiércol una mata de sandía o una tomatera con flores.

Otros lugares frecuentados para tal menester eran los pencales, como el que había en la calle que ahora se llama Antonio Gala, y que antes eran los postigos de la calle Nueva. Era famoso el pencial del corralón de Enrique el de Águeda, donde se observaban las ruinas depositadas a lo largo del mismo. También era conocido el pencial por sus exuberantes higos reales y por la gran cantidad de caracoles que había; eso sí, caracoles petaqueros.

También estaban los pencales de los postigos del Barrio Nuevo, actual calle Santiago Rusiñol, con sus excelentes higos chumbos, que cuando llovía te llegaba el fango al pescuezo, como en el pencial de Carito.

Por último, si el hecho sorprendía al vecino trabajando en el manchón, tenía a su disposición un amplio elenco de lugares, espacios y sitios donde elegir: la cepa aquella, la higuera de allí o debajo del gordal. En el manchón se hicieron muy populares las hojas de parra como colofón al ciclo digestivo.

Memoria al que inventó la taza y no precisamente la de café.

LA IGLESIA

Qué coraje le da a uno cuando escucha a la gente que se lleva todo el día diciendo que su país o su región o su pueblo es mejor que el del otro. Y que además se lo cree. Patriotero del barato.

Como si en todos sitios no hubiera buena gente, ricas comidas, lugares con encanto y buenos caldos. Habráse visto.

Por eso, no vamos a decir aquí que nuestro pueblo es el mejor y el más bonito del mundo. No. Porque entre otras cosas es mentira. Es más bien feílo, aunque eso sí, resultón.

Pero que no lo cambia uno por nada del mundo. Es verdad. Qué cosita te entra cuando vuelves de un viaje y llegas a la emisora, qué cosquillitas le entra a uno. Y el colmo es cuando se divisa a lo lejos la silueta de la torre. Hasta entonces no te entra el cuerpo en caja.

Aquí se cumple el refrán: a tu tierra grulla aunque sea con una pata.

La Iglesia y su torre, por ser lo único, es nuestro mejor patrimonio. Está pintada en carteles, anagramas, cuadros y en todos sitios. Está bien exprimida.

Edificio importante en la historia común de nosotros. Allí se sacaron la matrícula nuestros vecinos; también allí se amarraron para siempre y, por último, allí también recogieron el pasaporte para el cielo.

Qué de vivencias hay allí, escondidas entre esos muros. Qué de sentimientos dormidos a través de los tiempos, ahí, flotando alrededor de las columnas. Cuántos momentos únicos, irrepetibles, vividos sobre ese suelo de mármol pisado por tantas generaciones de moñigueros.

Dicen que cuando la Iglesia está callada y a oscuras, hasta se puede escuchar el sonido de las alegrías y las penas que allí derramaron nuestros vecinos con el paso de los años.

Por eso, la gente que vivió allí tuvo el privilegio de tratar a nuestros vecinos en los momentos más importantes de sus vidas.

Allí vivieron personas como Juan Antonio Tardío, que no dejó indiferente a los que lo conocieron. Dicen los de memoria limpia que ayudó a los pobres con lo que tuvo a mano. Cuando no había ayudas del gobierno como hay ahora, ni hipotecas ni dinero con qué pagarlas, este hombre dio algún que otro empujón para construir bastantes casas a los que no tenían ni para comer.

También estuvo José Falcón Rodríguez, Pepito el Moreno, el Sacristán, campanero de categoría, memoria de la historia común de este pueblo y custodio del archivo parroquial.

Y su amigo Francisco García. Uno de los hijos de este pueblo que más trato tuvo con su gente. Durante treinta y siete años bautizó, casó y enterró a los suyos.

Paco el Cura, que tenía su haza en la Iglesia, la grande. Como un manchonero más, cuidó con esmero el manchón que le tocó en suerte, todos los días del año, a todas horas, sin descanso, labrándolo y echándole zofato, mimando las plantas más endebles, todo ello sin saber cómo le iba a salir la cosecha. Hizo muchas y buenas cosas, algunas no sabidas ni nunca contadas.

A él le hubiera gustado irse a África, a cuidar a los negritos. Pero le tocó cuidar a los moñigueritos. Y eso tiene guasa, porque nadie es profeta en su tierra.

Pero le fue bien. Cuidó del mato con cariño y sacó buenas cosechas. Muchos moñigueros agradecidos lo tienen en su memoria. Servidor.

Anda que si llega a ser forastero...
COSAS DE NIÑOS

No hay cosa más entrañable que la infancia de uno. El recuerdo de esos años.

Como la cruz de los caídos que estaba en la calle Aurora. Alta, muy alta. Qué imponía. Monumento que ya no está, lo echaron abajo. Conmemoraba una pelea gorda que hubo aquí. Sí, hace años. La guerra civil le llaman.

Gente que con el cuento de defender sus ideales formaron una jumarea y una zapatista que hizo bastante daño. Anda que se hicieron pocas trastás.

Como siempre ocurre en el mundo mundial desde que es mundo. Primero, los listillos y vivales, los de arriba, montan la pelea diciendo: es que vamos a defender o salvar no sé qué o a no sé quién. Y después, los enanos, los chicos, los de abajo, los que no tienen culpa de ná, se ponen a pegarse mascás y a desgraciar a la gente, y al revés. Qué buen plan.

Bueno, pues a lo que íbamos, allí estaba la cruz, muy alta y fría, rodeada de

muchas piedras, conformando una especie de sepultura.

Qué buen tobogán era la lápida para nosotros, qué buena resbalaera. Y como había muchas flores y plantas era el lugar perfecto para jugar el escondite y al rescate.

Alrededor se disponían unas columnas unidas unas con otras por unas cadenas con grandes dilabones cuadrados. Y estas cadenas nos servían a nosotros de bamba o columpio. Qué placer más grande el poder disfrutar del paseíto que ofrecía el vaivén de las cadenas.

Qué buenos ratos de cacería nos ofrecía las palmeras, único vestigio actual de aquel monumento. Qué habilidad la de algunos en el manejo del tirador de manillas de naranjo y cámara de bicicleta. Qué buenos sustos les dábamos a los gorriones de las palmeras.

Al lado de la iglesia de la Aurora, había un jardín con una verja que la saltábamos a piola. Nos servía de refugio para jugar al rescate y para fumarnos algún que

otro celta. Allí está la estatua de Paco Cabrera, hombre versado y sentido por las cosas de su pueblo.

Lugares como el Pozo del Plaillo, donde está el hogar el Pensionista, aquel prado inmenso donde solíamos jugar al fútbol.

O aquel canal de la peste, el desagüe que vertía los residuos de alcantarillado al Muro y que saltábamos en seco con las mochilas y donde cayó algún que otro libro que se puso llenito de cieno maloliente.

Y la Barranca, Dios mío, nuestro refugio secreto. Allí, detrás del campo de fútbol de césped, nos encajábamos todos los días después del colegio. La Barranca, aquel agujero que se llenaba de agua y que nos parecía como un lago de verdad. Allí soñaron muchos con ser capitanes de barcos y veleros como los de las películas, haciendo sus pinitos en el arte de la navegación.

O la Vega, donde hoy está el parque de las Marismas. Allí muchos nos iniciamos en el mundo de la equitación montando los

mulos que se encontraban a prao. Y allí se te rompían los deportes tórtolas de jugar y jugar al fútbol, con las piernas llenitas de salistre, jugando auténticos torneos entre niños de distintas calles para ver quien corría más o qué calle ganaba el partidillo.

Quién no ha jugado alguna vez a la pelota en ese Plaillo, quién no se ha comido nunca un merengue o una biscotela, quién no se ha montado a pelo en un mulo y quién no jugó a la lima, al trompo, al rescate, a piola, a chopi, a jarra, a amén, a mosca, esquitinmovi y a nicle nacle chocolate con las bolas.

Igualito que ahora, con el internet ese.

MANCHONERO TROVADOR

Quién le iba a decir a uno que en estas tierras de la Manchonería vive un eslabón perdido de los famosos juglares que había en los castillos medievales; de aquellos que contaban historias de batallas, caballeros, princesas y dragones.

Quién se iba a imaginar que al igual que los pueblos de la antigüedad, la Manchonería guardara celosamente sus historias, transmitiéndolas oralmente, de padres a hijos, de boca en boca.

Quién lo iba a decir.

Pues sí. Hemos tenido el privilegio de encontrar un auténtico trovador del medioevo, pero en moñiguero, que ha sobrevivido al paso del tiempo.

D. Manuel Jiménez Ayala, Barraco, nos ha regalado una historia, única, que durante años ha dormido en el baúl del arcano. Para deleite de todos, la dejamos asentada a continuación, para que nunca se pierda y en reconocimiento a D. Manuel, trovador y juglar manchonero:

*Un manchonero rumboso
con su corta producción
tuvo con un arrocero
una grande discusión.*

El manchonero decía:

- He hecho cien mil pesetas
entre tomates y sandías.
Ole la manchonería,
que es un arte muy decente
que todo lo bueno lo cría
teniendo buena simiente.
Compadre:
¿Usted qué se cuenta
de ese trabajo maldito,
siempre metió en el agua
y comió de mosquitos?
- Compadre, se lo viá decí
ahora mismito.

Gano muchas pesetas
y visto como un señorito.

- Bueno, compadre,
que yo no soy partidario a la porfía.
Vamos a ir,
que le voy a enseñar el mercado del pue-
blo
y a tomar una copa por ahí.

*Y lo llevó al Palenque
y el hombre se recreó en lo que allí
había,
y dijo el arrocero:*

- Compadre, ¿para qué sembráis tomates
en estos años tan malos,
para ahora llegar al Palenque
y entregarse a Juan Tobalo?

- Oye usted, amigo,
que ese es un hombre muy decente.

- Sí, un hombre muy decente
pero es el amo del mercado,
que cuando a él le da la gana,
tiene a ustedes arrestao
durante toda una semana.

- Bueno compadre, vamos a pagar,
porque este vinillo del Palenque,
con esto del vencedor y tanta carameli-
na,
tiene menos grado
que mi abuela Catalina.

*Cogieron por toda la cuesta
y la calle Huerta tomaron,
taberna más aparente
ancá Respingón colaron.*

Y dijo:

- Vicentillo, ven pacá,
que te viá cantar una malagueña.
Tráete dos banquillos
y de camino una cigüeña.

- Ojú, qué contentos vienen
los parroquianos.
Pues si traéis chismitos
todo se le sirve a la mano

- Coño Vicente. Eso es decirme
que no me quieres echar fiao.

- No, lo que quiero
es que me des algo de lo del año pasado.

- Mira Vicente,
tu no tengas pena,
que la uva está en la cepa,
y yo te viá traer una carga
sin que mi mujer lo sepa.

- Hombre, eso mismo me dijiste
este año que pasó
y a otro lagar te fuiste
y la trampa ahí quedó.

Y entonces dice el arrocero:

- Compadre se lo voy a usted a decir,
aunque Vicente esté delante:
que usted lo que tiene es más trampas
que un cazaó de elefante.
Véngase usted conmigo a los Chapatales,
que le aseguro un buen vivir.

- Compadre,
¿ahí cuánto se gana?

- Yo aseguro:
siete mil locas a la semana

- Vicente, dame un apretón de mano
y dile a los manchoneros
que tiren la azá al Pantano,
que en las marismas los espero.
Está visto que para ganar muchos duros
hay que atravesar ese Muro
y meterse en el arroz
para juntar su pelota.
Y el que quiera comer tomates,
que vaya por ellos a Rota.

INDICE DE CAPITULOS

Página

151

Antes de empezar	6
Qué te gusta hablar	10
Manchonero	14
Sentados a la puerta	19
Ancá Currón	24
De Cismán a las Cumbres del Horcajo	29
Mamaostia	33
El tío del tiempo	
38	
La siesta	43
A viva voz	46
El calor, el calor	53
La vida, qué buen plan	55
Arrimarse	58
El pretendiente	62
La Jira y la Feria	67
El Señor se ha morío	70
El Señor ha revivío	73
A cortar uva	76
Gente de orden	82
Ya escanzó	87
La pisá de la liebre	92
Mujeres	
96	
Recuerdos de color	101
Recuerdos de sabor	106
Recuerdos de olor	108
Manjares manchoneros	113
Los nombres de las calles	119
Jornaleros	122
Jornaleros manchoneros	
125	
La casapaja	128
Lo más normal del mundo	134
La iglesia	138
Cosas de niños	142
Manchonero trovador	146

POESIA MANCHONERA
(PARA PONERLA EN LA CONTRAPORTADA)

Telarañas en los casapajas,
tizas de tabancos,
calabazas del Horcajo,
tomates de Cismán,
viergos de las eras,
manchonero, fácil en el hablar.

Mocitas en la carreterilla,
buen tomatá de caña,
Mato del sandiá.
Cine de verano,
a prao en el rastrojal.

De lo nuestro, de lo tuyo,
versaciones que contar.
Expresiones que decir,
dichos de no olvidar,
Antropología natural.

Sosiega en los manchones,
Chasqueo en el Palmar,
viñas de las Alcántaras,
charlas en la encrucijá.

Carlito del Rubio Pérez,
carretas que dejaron de rodar,
cuadrillas que entonaban un mismo
son,
versaciones que gustan de hablar.

Fandangos sobre los aparejos,
zopeaó tras la peoná,
espoleá del invierno,
regabina, trilla y paja que aventar.

PARA PONER EN LAS SOLAPAS

“La posesión de un manchón ha marcado la peculiar forma de ser, la idiosincrasia, de sus vecinos. Palaciegos, que no han necesitado escudos o blasones, ya que su mayor orgullo, es y ha sido la propiedad del mismo. De él proceden los frutos necesarios para su hogar. Es su vida y su libertad”. (Prólogo)

“Qué bien repartió Dios los campos en mi pueblo. Aquí casi todo el mundo tiene su cachito de tierra. Gracias a Dios, aquí no hay señoritos ni terratenientes: hay manchoneros”

“Mistela. Nombre que resulta hasta agradable el escucharlo, duende en su paladar, misterio en su hacer, sentimiento en el tomar, tradición y tiempo a sus orígenes, regalo divino para una tierra bendecida con ese don otorgado por ese algo que creemos que existe y que está ahí”

“En la puerta. Allí muchos vecinos nuestros se dieron los besos robados más bonitos del mundo, porque un beso bien dado es un beso robado, que no se espera y que nadie te ve darlo”.

“Quién no ha jugado alguna vez a la pelota en ese Plaillo, quién no se ha comido un merengue o una biscotela, quién no se ha montado a pelo en un mulo y quién no jugó a la lima, al trompo, al rescate, a piola, a chopi, a jarra, a amén, a mosca, esquitinmovi y a nicle nacle chocolate con las bolas”.

Además, hay que poner en la solapa izquierda:

Agradecimientos:

A Francisco Begines Begines, por su ánimo y sabios consejos.

A José Antonio Rodríguez Rincón, por el diseño de la edición.

Depósito Legal: _____

De la edición y copyright: los autores

Dedicatoria

A los que confiaron en este melón sin calar:

Ayuntamiento
Taberna La Liebre
Juan Antonio Jiménez Ortiz
Manuel Begines Sánchez
Hermanos Gavira, S.L.
Cooperativa Las Nieves
Volquesur
Unicaja
Vicente Calvo Romero
Eduardo Unquiles Luque
Manuel Agüero Rodríguez
Romián, S.L.
SSS Informática
Juan Martín Gómez
José María Hormigo Alvarez
Ginés García Moreno – Valenzuela y Cía.
Tesan, S.L.
Expoflores
Deportes Zoom Sport
Frutas El Poligono
Inmogestión
Hermanos Nieto Elías
Julio Baquero Melgarejo
Caja San Fernando
Manuel Martín Salmerón
Peña Bética Cultural
Manuel Durán González